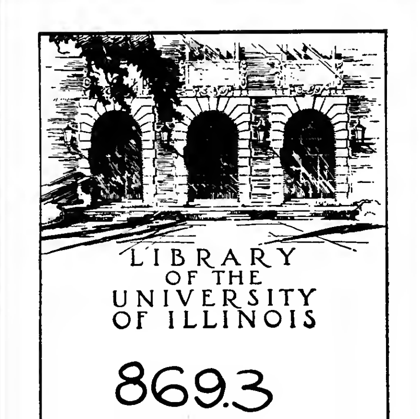
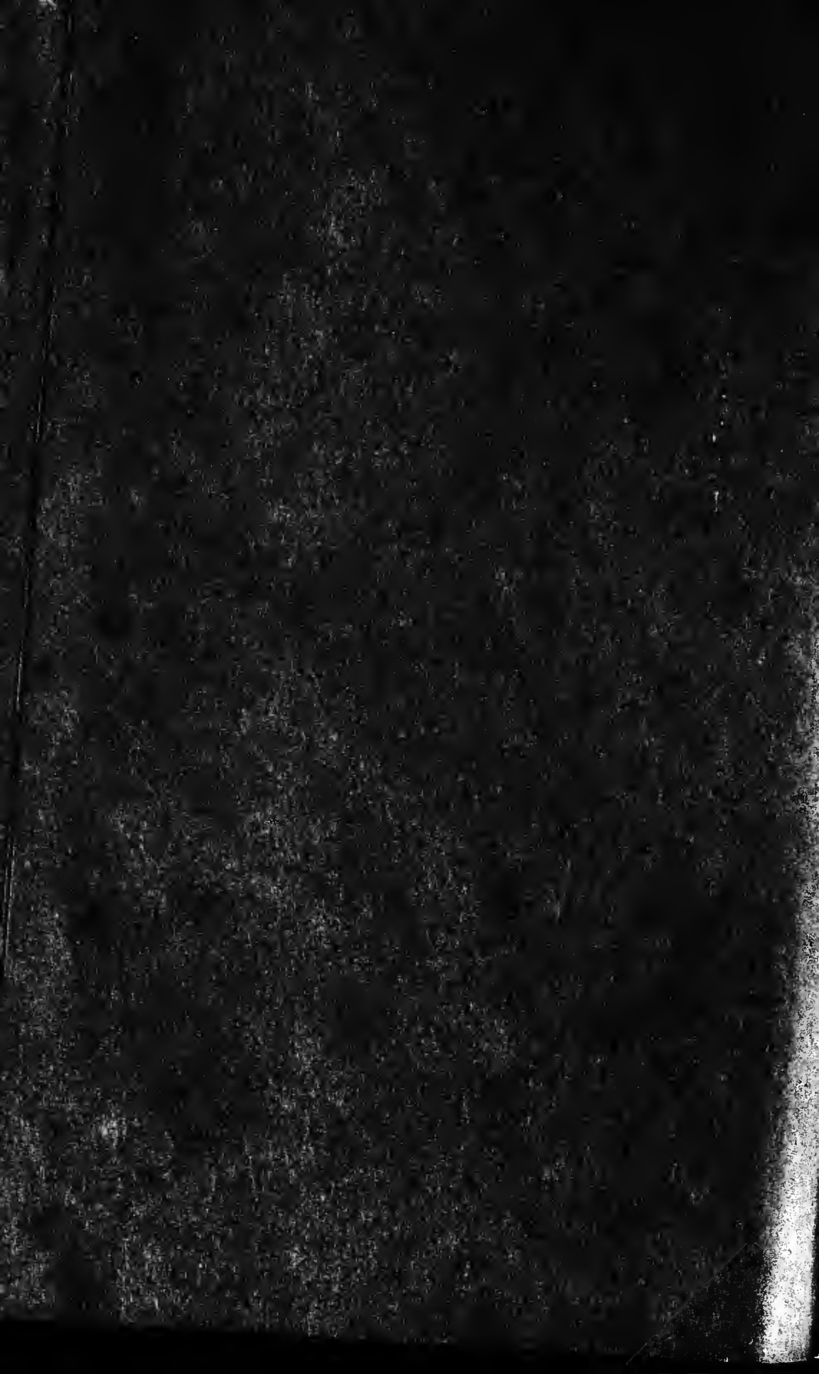




ARTURO ... CAPDEVILA



LA SULAMITA



ARTURO CAPDEVILA



LA SULAMITA



ARTURO ...

CAPDEVILA



LA SULAMITA

LA SULAMITA

OBRAS DE ARTURO CAPDEVILA

Poesía:

Jardines Solos .... (agotado)
Melpómene .... (3.ª edición)
El Poema de Nenúfar .... (2.ª edición)
El Libro de la Noche .... (2.° millar)
La Fiesta del Mundo .... (agotado)

Altos Estudios:

Dharma (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma)..................... (agotado)
El Cantar de los Cantares .... (agotado)

Teatro:

La Sulamita .... (6.ª edición)
El Amor de Schahrazada .... (2.ª edición)

Ensayos:

La Dulce Patria .... (en librería)

Historia:

Las Vísperas de Caseros .... (2.° millar)

VERSIONES ITALIANAS DE FOLCO TESTENA:

Melpómene.
Ninfea.
La Sulamite.

"La Sulamita" fué estrenada en Montevideo el 9 de Agosto de 1917, con comentarios musicales del maestro César Cortinas, en el teatro Solís, bajo los auspicios del gobierno uruguayo.

Fué luego puesta en escena el 26 de Marzo de 1922, en el Teatro Florida, de Buenos Aires, donde se representó sesenta noches consecutivas.

ARTURO CAPDEVILA

LA SULAMITA

PREMIADA POR EL GOBIERNO NACIONAL

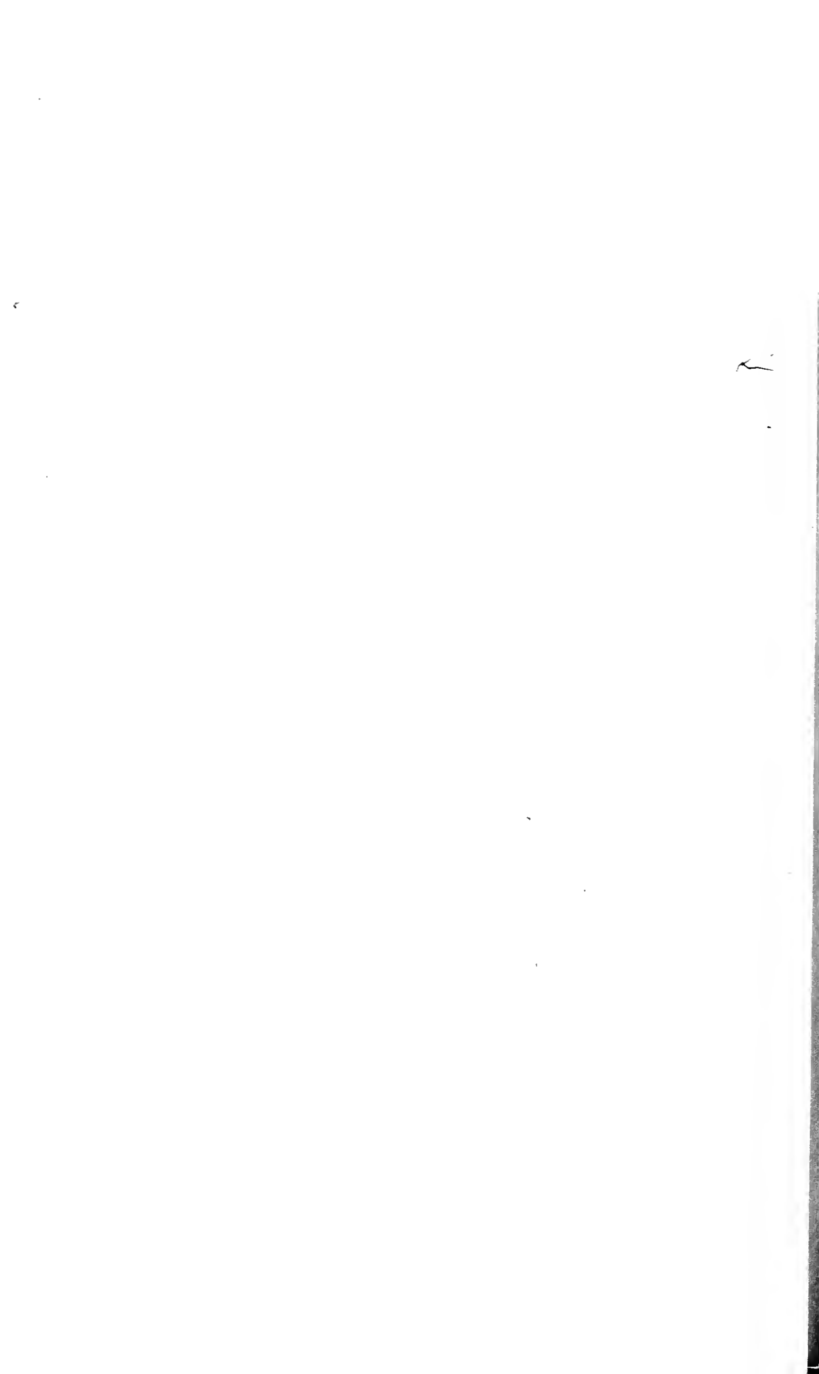
SÉPTIMA EDICIÓN

¡Oh, si me besase de besos de su boca!
(Cantares de Salomón, I. II.)

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573
1922



A JAMBRINA



DRAMATIS PERSONAE

LA SULAMITA
SALOMÓN
ABINADAB
ABARIM
NATHÁN, el profeta
SOLDADOS
ALMEAS

Esto sucede en Jerusalén, por los primeros tiempos del reinado de Salomón.

Derecha e izquierda del espectador.

I

EL PASTOR DE SIDON

Patio del primer palacio de Salomón. El edificio, todo construído con madera de cedro del Líbano, se alza hierático y sombrío. Hacia el foro una columnata magnífica, que consta de cinco columnas interiores y otras tantas que dan al campo. Brillan con gloria en lo alto de las columnas, como la llama en el cirio, los capiteles de oro de Ofir. Entre ambas columnatas se abre una amplia terraza. Hacia la derecha, tres puertas que conducen a los aposentos del rey. A la izquierda, una que lleva a los corredores, y en primer término, la espaciosa entrada a la cámara del amor, fácil de reconocer por su cortinado de púrpura. Adosados a los muros, los escaños de piedra, que Salomón suele elegir para el descanso y la meditación.

Al centro del solado, alegrando el patio, una fuente en quietud, adonde se copia fidelísimamente, al empezar la comedia, el cielo de un atardecer de Jerusalén.

Rodea y encierra la fontana, un zócalo de mármol, alto como para sentarse allí en una serena hora de la noche, a ver rielar la luna en la hondura ilusoria del agua dormida.

Al iniciarse la acción, va el sol ya bajo. Hay en el cielo azul un nublado ligero. El patio en la ocasión, está fresco de buena sombra, y misterioso de soledad y de aromas lejanos, que trae el viento de la tarde.

Paso a paso, con una cadencia voluptuosa y lenta, así como en una danza sagrada, llega la Sulamita por la puerta que da a los corredores. Tiene la cara morena; los labios finos y carmesíes. Viene sonriendo a una reciente malicia, y están sus ojos perdidos de ensueño. La cabellera negra le cae suelta sobre la espalda. Trae sobre el hombro del lado del corazón, un ánfora de Samaria, igual a aquélla de la leyenda cristiana. La mano izquierda oprime el asa, en tanto que la derecha reposa sobre la cadera escultural. A cada paso, la túnica azul perfila los contornos de aquel cuerpo maravilloso.

Voluptuosa y lenta, la hebrea se dirige hacia la pila del patio; allí se detiene, y mientras va el cántaro al agua, la escena comienza así:

LA SULAMITA

He aquí que mi corazón estuvo vacío como este cántaro. Pero hubo una mano que

lo hundió en la fuente del amor, y lo colmó de agua clara.

ABINADAB, que es un pastor de Galaad, que ha venido siguiéndola, oye sus palabras, y poniéndole una mano sobre el hombro, le murmura:

He aquí que tu corazón estuvo vacío como ese cántaro. Mas fué mi mano la que lo hundió en la fuente del amor para colmarlo de agua clara.

LA SULAMITA

Loado seas, bien amado, que me seguías los pasos. Loado seas, Abinadab.

Y ya no se acuerda la Sulamita para qué ha venido. Ya no hay ánfora, ni agua, ni patio del palacio del rey. Ya no hay más que su amado en la paz de la hora.

ABINADAB

Yo seguí los pasos a la que ama mi alma, por el sendero de los lirios, que trae al patio de Salomón. Yo sabía que la que ama mi

alma se encaminaba a la fuente de este patio. Allá va por agua la Sulamita, decían. Yo me dije, pues: ¿Qué hará ella cuando se vea sin su pastor en el patio de Salomón? No quiero que pase sola junto a las guardias.

LA SULAMITA

Las guardias dejáronme pasar, mas uno entre los soldados sonrió con malicia.

ABINADAB

Los soldados dejáronte pasar, y a mí en pos de ti; mas hubo uno entre ellos, el que hacía guardia con la espada sobre los muslos, que sonrió con malicia.

LA SULAMITA

Sonrió porque tú venías detrás de mí.

ABINADAB

Pero su sonrisa es dardo en mi corazón. ¿Por qué habría de sonreir ahora y no ayer, y no antes tampoco, cuando veníamos solos

a llevar agua para tu huerto? ¿Por qué habría de sonreir ahora su malicia? En verdad te digo que han clavado un dardo en mi corazón.

En esto, los amantes se sientan sobre el zócalo de la fuente.

LA SULAMITA

Yo curaré tu herida. La cerraré con besos. La vendaré con mis manos, con cintas de mis cabellos.

ABINADAB

Ayer también, junto a la puerta de Sión, unas mozas sonreían mientras yo pasaba. Hubo una que dijo: El sol ha puesto su pupila en la Sulamita. ¿Qué sol es éste que ha puesto su pupila en ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del lado de Gabaón otra moza dijo, para que yo la oyera: Lecho de

marfil se labra para la Sulamita... ¿Quién labra ese lecho para ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del Oriente dijo otra doncella de Jerusalén: Columnas de plata tendrá la cámara del tálamo de la Sulamita. ¿Quién fundirá esas columnas de plata de tu tálamo?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

Y todavía oí: Por más que se cuide la viña, ¿quién impedirá que el sol entre en ella? Más le valiera al pastor Abinadab no haber tenido nunca el amor de la Sulamita. Así, con paz, se volvería, camino de Galaad.

LA SULAMITA, *palideciendo*

Por ti no lo dijeron.

ABINADAB

¡Por mí no lo dijeron! ¿Y quién otro hay que se llame Abinadab, ni qué otro pastor de Galaad mora en Jerusalén, ni quién otro si no yo, es el que ama a la Sulamita?

Al querellarse así, Abinadab reclina sobre el seno de la hebrea, la cabeza de ensortijado cabello negro. Ella, dulcemente, mientras juega con sus rizos, hundiendo entre esa seda los dedos morenos, dice como en una letanía:

LA SULAMITA

Olvida la mala nueva que oiste por las puertas de la ciudad. Sonrisas y palabras de mozas alegres; y no hubo más que esto. ¿Es justo, pues, que te lamentes? Tu amor está bien seguro en mi ternura. ¿Quién impedirá que yo juegue con los rizos de tu ca-

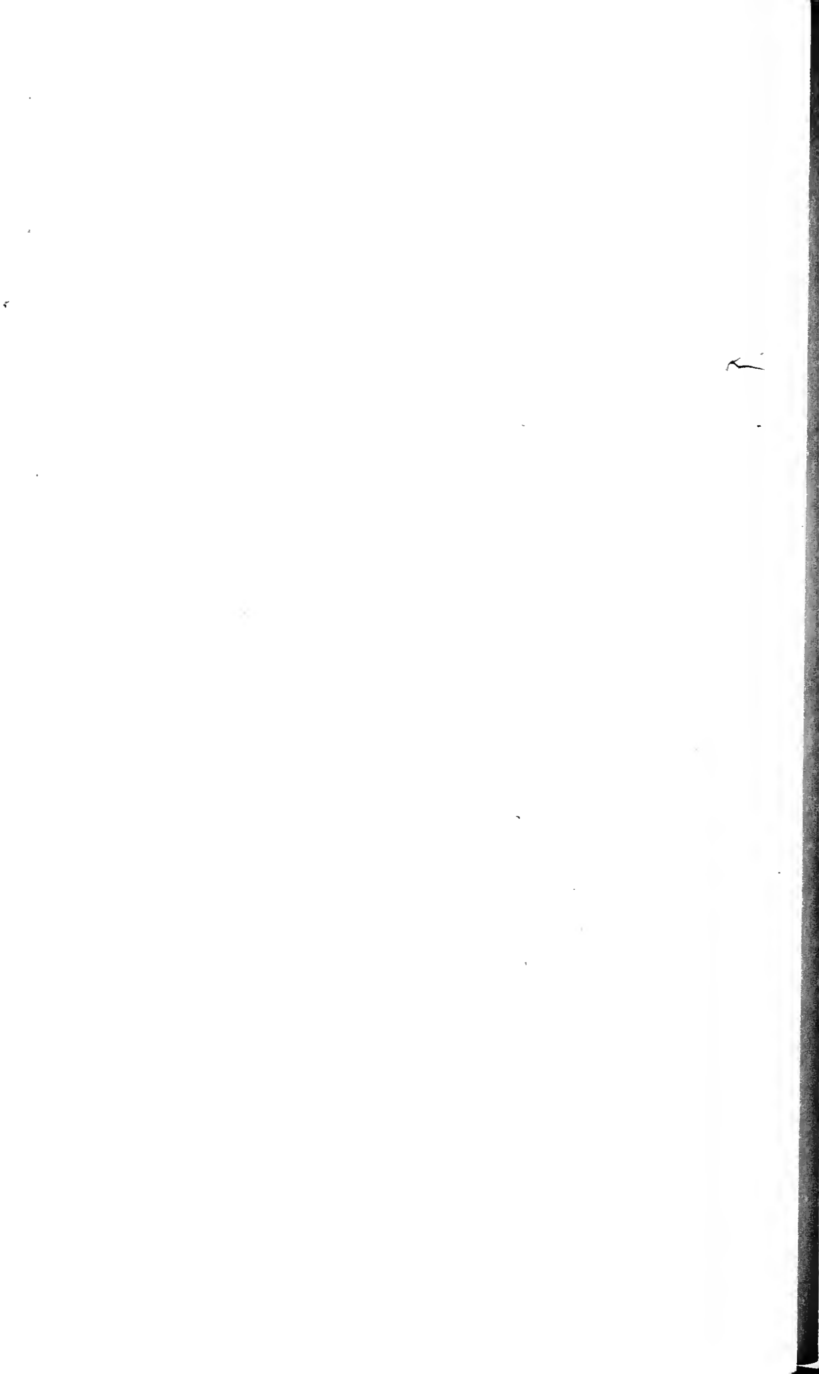
beza? ¿Por qué algún día no habremos de apacentar juntos los ganados?... ¿No te me prometiste para compañero?... ¿No me hiciste juramento de amor, aquella vez, mientras anochecía sobre los valles?... Todavía me acuerdo cómo estaban las estrellas en el horizonte. Te diría el lugar y el nombre de cada una.

ABINADAB

Hubo también quién me llamó para darme aviso de que rondó tu cabaña una noche entera, hasta que vino el alba, cierto pastor que no era yo...

LA SULAMITA

Tal vez no sea falsedad. Yo sólo sé que una tarde, del lado de las peñas, un pastor me seguía. Mas no eras tú, Abinadab. Por tanto, mis ojos se turbaron. Y aunque era blanco, y de los hombros para abajo el más fornido de los zagales, y de los hombros para arriba el más hermoso de los mancebos;



DRAMATIS PERSONAE

LA SULAMITA
SALOMÓN
ABINADAB
ABARIM
NATHÁN, el profeta
SOLDADOS
ALMEAS

Esto sucede en Jerusalén, por los primeros tiempos del reinado de Salomón.

Derecha e izquierda del espectador.

I

EL PASTOR DE SIDON

Patio del primer palacio de Salomón. El edificio, todo construído con madera de cedro del Líbano, se alza hierático y sombrío. Hacia el foro una columnata magnífica, que consta de cinco columnas interiores y otras tantas que dan al campo. Brillan con gloria en lo alto de las columnas, como la llama en el cirio, los capiteles de oro de Ofir. Entre ambas columnatas se abre una amplia terraza. Hacia la derecha, tres puertas que conducen a los aposentos del rey. A la izquierda, una que lleva a los corredores, y en primer término, la espaciosa entrada a la cámara del amor, fácil de reconocer por su cortinado de púrpura. Adosados a los muros, los escaños de piedra, que Salomón suele elegir para el descanso y la meditación.

Al centro del solado, alegrando el patio, una fuente en quietud, adonde se copia fidelísimamente, al empezar la comedia, el cielo de un atardecer de Jerusalén.

Rodea y encierra la fontana, un zócalo de mármol, alto como para sentarse allí en una serena hora de la noche, a ver rielar la luna en la hondura ilusoria del agua dormida.

Al iniciarse la acción, va el sol ya bajo. Hay en el cielo azul un nublado ligero. El patio en la ocasión, está fresco de buena sombra, y misterioso de soledad y de aromas lejanos, que trae el viento de la tarde.

Paso a paso, con una cadencia voluptuosa y lenta, así como en una danza sagrada, llega la Sulamita por la puerta que da a los corredores. Tiene la cara morena; los labios finos y carmesíes. Viene sonriendo a una reciente malicia, y están sus ojos perdidos de ensueño. La cabellera negra le cae suelta sobre la espalda. Trae sobre el hombro del lado del corazón, un ánfora de Samaria, igual a aquélla de la leyenda cristiana. La mano izquierda oprime el asa, en tanto que la derecha reposa sobre la cadera escultural. A cada paso, la túnica azul perfila los contornos de aquel cuerpo maravilloso.

Voluptuosa y lenta, la hebrea se dirige hacia la pila del patio; allí se detiene, y mientras va el cántaro al agua, la escena comienza así:

LA SULAMITA

He aquí que mi corazón estuvo vacío como este cántaro. Pero hubo una mano que

lo hundió en la fuente del amor, y lo colmó de agua clara.

ABINADAB, que es un pastor de Galaad, que ha venido siguiéndola, oye sus palabras, y poniéndole una mano sobre el hombro, le murmura:

He aquí que tu corazón estuvo vacío como ese cántaro. Mas fué mi mano la que lo hundió en la fuente del amor para colmarlo de agua clara.

LA SULAMITA

Loado seas, bien amado, que me seguías los pasos. Loado seas, Abinadab.

Y ya no se acuerda la Sulamita para qué ha venido. Ya no hay ánfora, ni agua, ni patio del palacio del rey. Ya no hay más que su amado en la paz de la hora.

ABINADAB

Yo seguí los pasos a la que ama mi alma, por el sendero de los lirios, que trae al patio de Salomón. Yo sabía que la que ama mi

alma se encaminaba a la fuente de este patio. Allá va por agua la Sulamita, decían. Yo me dije, pues: ¿Qué hará ella cuando se vea sin su pastor en el patio de Salomón? No quiero que pase sola junto a las guardias.

LA SULAMITA

Las guardias dejáronme pasar, mas uno entre los soldados sonrió con malicia.

ABINADAB

Los soldados dejáronte pasar, y a mí en pos de ti; mas hubo uno entre ellos, el que hacía guardia con la espada sobre los muslos, que sonrió con malicia.

LA SULAMITA

Sonrió porque tú venías detrás de mí.

ABINADAB

Pero su sonrisa es dardo en mi corazón. ¿Por qué habría de sonreir ahora y no ayer, y no antes tampoco, cuando veníamos solos

a llevar agua para tu huerto? ¿Por qué habría de sonreir ahora su malicia? En verdad te digo que han clavado un dardo en mi corazón.

En esto, los amantes se sientan sobre el zócalo de la fuente.

LA SULAMITA

Yo curaré tu herida. La cerraré con besos. La vendaré con mis manos, con cintas de mis cabellos.

ABINADAB

Ayer también, junto a la puerta de Sión, unas mozas sonreían mientras yo pasaba. Hubo una que dijo: El sol ha puesto su pupila en la Sulamita. ¿Qué sol es éste que ha puesto su pupila en ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del lado de Gabaón otra moza dijo, para que yo la oyera: Lecho de

marfil se labra para la Sulamita... ¿Quién labra ese lecho para ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del Oriente dijo otra doncella de Jerusalén: Columnas de plata tendrá la cámara del tálamo de la Sulamita. ¿Quién fundirá esas columnas de plata de tu tálamo?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

Y todavía oí: Por más que se cuide la viña, ¿quién impedirá que el sol entre en ella? Más le valiera al pastor Abinadab no haber tenido nunca el amor de la Sulamita. Así, con paz, se volvería, camino de Galaad.

LA SULAMITA, *palideciendo*

Por ti no lo dijeron.

ABINADAB

¡Por mí no lo dijeron! ¿Y quién otro hay que se llame Abinadab, ni qué otro pastor de Galaad mora en Jerusalén, ni quién otro si no yo, es el que ama a la Sulamita?

Al querellarse así, Abinadab reclina sobre el seno de la hebrea, la cabeza de ensortijado cabello negro. Ella, dulcemente, mientras juega con sus rizos, hundiendo entre esa seda los dedos morenos, dice como en una letanía:

LA SULAMITA

Olvida la mala nueva que oiste por las puertas de la ciudad. Sonrisas y palabras de mozas alegres; y no hubo más que esto. ¿Es justo, pues, que te lamentes? Tu amor está bien seguro en mi ternura. ¿Quién impedirá que yo juegue con los rizos de tu ca-

beza? ¿Por qué algún día no habremos de apacentar juntos los ganados?... ¿No te me prometiste para compañero?... ¿No me hiciste juramento de amor, aquella vez, mientras anochecía sobre los valles?... Todavía me acuerdo cómo estaban las estrellas en el horizonte. Te diría el lugar y el nombre de cada una.

ABINADAB

Hubo también quién me llamó para darme aviso de que rondó tu cabaña una noche entera, hasta que vino el alba, cierto pastor que no era yo...

LA SULAMITA

Tal vez no sea falsedad. Yo sólo sé que una tarde, del lado de las peñas, un pastor me seguía. Mas no eras tú, Abinadab. Por tanto, mis ojos se turbaron. Y aunque era blanco, y de los hombros para abajo el más fornido de los zagales, y de los hombros para arriba el más hermoso de los mancebos;

y aunque una vez le oí soplar la flauta, — ¡y era de oir aquel son! — yo dije en mí misma: Abinadab es mejor que éste.

ABINADAB

Hay un labio que cuenta que aquel zagal te dió unas flores.

LA SULAMITA

Ese labio cuenta falsedad. Un día yo lo vi, bajando por el collado, cogiendo lirios de los valles. Pero me oculté en un bosque de olivos, y el mancebo no me halló.

ABINADAB

Dime ahora, Sulamita, quién era aquel pastor, porque en verdad te digo que lo odio!

LA SULAMITA

Amado mío, yo no lo sé. Pregunté y no me respondieron.

ABINADAB

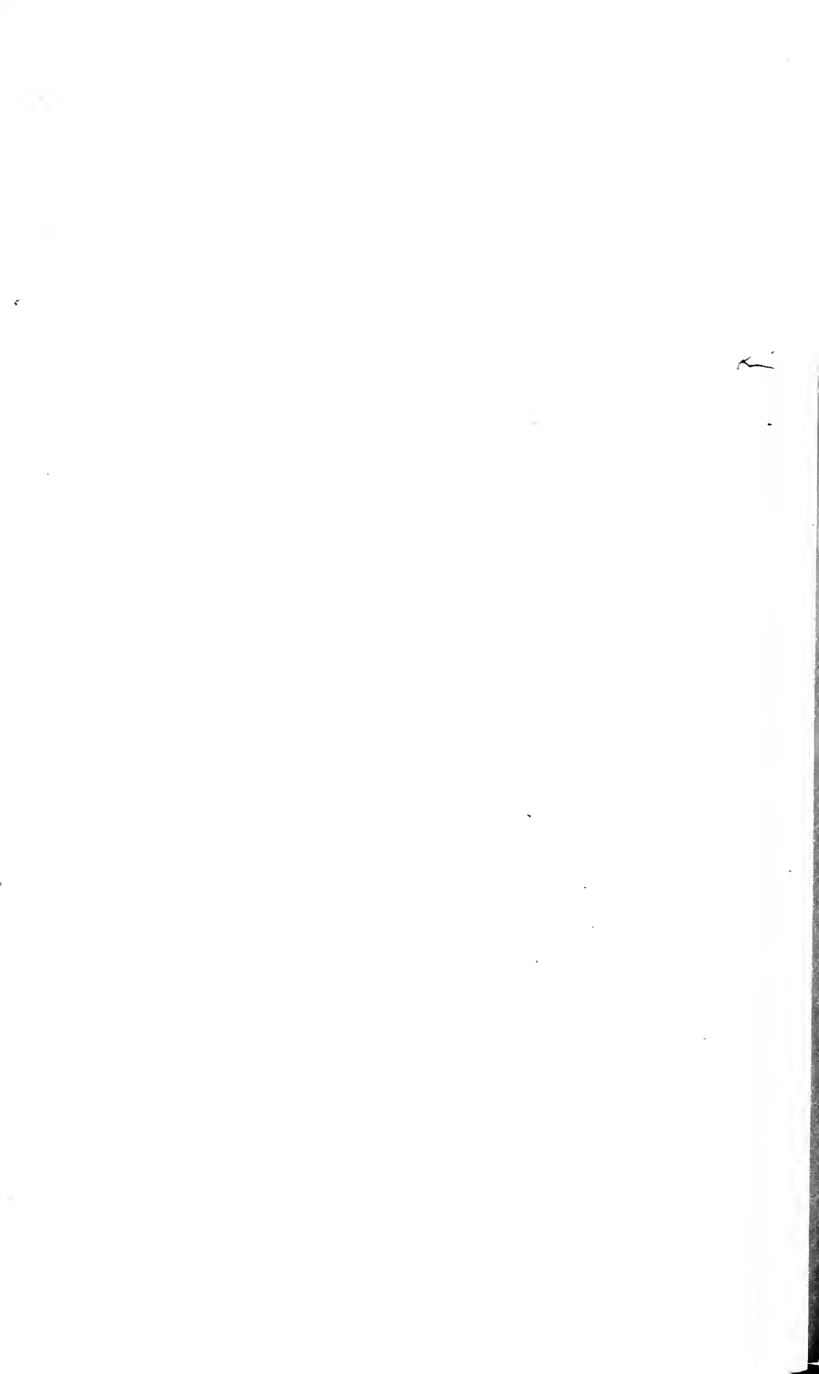
Yo lo preguntaré hasta saberlo, porque lo odio como a los osos y a los lobos. ¡Vive Jehová, que te deseo que encuentres a tu galán, que es de los hombros para abajo el más fornido de los zagales, y de los hombros para arriba el más hermoso de los mancebos! Haga Jehová que lo halles y le pases mis palabras!

LA SULAMITA, ya de pie.

¡Vanidad de tu amor! Tu amor no es más que vanidad. Te hablan por la ciudad las doncellas, te hablan mentira, y tú les crees. Te hablo yo al lado de tu corazón, y no me crees nada, y clavas el codo en la rodilla, y bajas la frente, y la reposas entre las manos... Yo me partiré entonces, me iré con mi cántaro, y no volveré más...

ABINADAB

Déjame, pues, Sulamita, y vete.



DRAMATIS PERSONAE

LA SULAMITA
SALOMÓN
ABINADAB
ABARIM
NATHÁN, el profeta
SOLDADOS
ALMEAS

Esto sucede en Jerusalén, por los primeros tiempos del reinado de Salomón.

Derecha e izquierda del espectador.

I

EL PASTOR DE SIDON

Patio del primer palacio de Salomón. El edificio, todo construído con madera de cedro del Líbano, se alza hierático y sombrío. Hacia el foro una columnata magnífica, que consta de cinco columnas interiores y otras tantas que dan al campo. Brillan con gloria en lo alto de las columnas, como la llama en el cirio, los capiteles de oro de Ofir. Entre ambas columnatas se abre una amplia terraza. Hacia la derecha, tres puertas que conducen a los aposentos del rey. A la izquierda, una que lleva a los corredores, y en primer término, la espaciosa entrada a la cámara del amor, fácil de reconocer por su cortinado de púrpura. Adosados a los muros, los escaños de piedra, que Salomón suele elegir para el descanso y la meditación.

Al centro del solado, alegrando el patio, una fuente en quietud, adonde se copia fidelísimamente, al empezar la comedia, el cielo de un atardecer de Jerusalén.

Rodea y encierra la fontana, un zócalo de mármol, alto como para sentarse allí en una serena hora de la noche, a ver rielar la luna en la hondura ilusoria del agua dormida.

Al iniciarse la acción, va el sol ya bajo. Hay en el cielo azul un nublado ligero. El patio en la ocasión, está fresco de buena sombra, y misterioso de soledad y de aromas lejanos, que trae el viento de la tarde.

Paso a paso, con una cadencia voluptuosa y lenta, así como en una danza sagrada, llega la Sulamita por la puerta que da a los corredores. Tiene la cara morena; los labios finos y carmesíes. Viene sonriendo a una reciente malicia, y están sus ojos perdidos de ensueño. La cabellera negra le cae suelta sobre la espalda. Trae sobre el hombro del lado del corazón, un ánfora de Samaria, igual a aquélla de la leyenda cristiana. La mano izquierda oprime el asa, en tanto que la derecha reposa sobre la cadera escultural. A cada paso, la túnica azul perfila los contornos de aquel cuerpo maravilloso.

Voluptuosa y lenta, la hebrea se dirige hacia la pila del patio; allí se detiene, y mientras va el cántaro al agua, la escena comienza así:

LA SULAMITA

He aquí que mi corazón estuvo vacío como este cántaro. Pero hubo una mano que

lo hundió en la fuente del amor, y lo colmó de agua clara.

ABINADAB, que es un pastor de Galaad, que ha venido siguiéndola, oye sus palabras, y poniéndole una mano sobre el hombro, le murmura:

He aquí que tu corazón estuvo vacío como ese cántaro. Mas fué mi mano la que lo hundió en la fuente del amor para colmarlo de agua clara.

LA SULAMITA

Loado seas, bien amado, que me seguías los pasos. Loado seas, Abinadab.

Y ya no se acuerda la Sulamita para qué ha venido. Ya no hay ánfora, ni agua, ni patio del palacio del rey. Ya no hay más que su amado en la paz de la hora.

ABINADAB

Yo seguí los pasos a la que ama mi alma, por el sendero de los lirios, que trae al patio de Salomón. Yo sabía que la que ama mi

alma se encaminaba a la fuente de este patio. Allá va por agua la Sulamita, decían. Yo me dije, pues: ¿Qué hará ella cuando se vea sin su pastor en el patio de Salomón? No quiero que pase sola junto a las guardias.

LA SULAMITA

Las guardias dejáronme pasar, mas uno entre los soldados sonrió con malicia.

ABINADAB

Los soldados dejáronte pasar, y a mí en pos de ti; mas hubo uno entre ellos, el que hacía guardia con la espada sobre los muslos, que sonrió con malicia.

LA SULAMITA

Sonrió porque tú venías detrás de mí.

ABINADAB

Pero su sonrisa es dardo en mi corazón. ¿Por qué habría de sonreir ahora y no ayer, y no antes tampoco, cuando veníamos solos

a llevar agua para tu huerto? ¿Por qué habría de sonreir ahora su malicia? En verdad te digo que han clavado un dardo en mi corazón.

En esto, los amantes se sientan sobre el zócalo de la fuente.

LA SULAMITA

Yo curaré tu herida. La cerraré con besos. La vendaré con mis manos, con cintas de mis cabellos.

ABINADAB

Ayer también, junto a la puerta de Sión, unas mozas sonreían mientras yo pasaba. Hubo una que dijo: El sol ha puesto su pupila en la Sulamita. ¿Qué sol es éste que ha puesto su pupila en ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del lado de Gabaón otra moza dijo, para que yo la oyera: Lecho de

marfil se labra para la Sulamita... ¿Quién labra ese lecho para ti?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

En la puerta del Oriente dijo otra doncella de Jerusalén: Columnas de plata tendrá la cámara del tálamo de la Sulamita. ¿Quién fundirá esas columnas de plata de tu tálamo?

LA SULAMITA

Por ti lo dijeron.

ABINADAB

Y todavía oí: Por más que se cuide la viña, ¿quién impedirá que el sol entre en ella? Más le valiera al pastor Abinadab no haber tenido nunca el amor de la Sulamita. Así, con paz, se volvería, camino de Galaad.

LA SULAMITA, palideciendo

Por ti no lo dijeron.

ABINADAB

¡Por mí no lo dijeron! ¿Y quién otro hay que se llame Abinadab, ni qué otro pastor de Galaad mora en Jerusalén, ni quién otro si no yo, es el que ama a la Sulamita?

Al querellarse así, Abinadab reclina sobre el seno de la hebrea, la cabeza de ensortijado cabello negro. Ella, dulcemente, mientras juega con sus rizos, hundiendo entre esa seda los dedos morenos, dice como en una letanía:

LA SULAMITA

Olvida la mala nueva que oiste por las puertas de la ciudad. Sonrisas y palabras de mozas alegres; y no hubo más que esto. ¿Es justo, pues, que te lamentes? Tu amor está bien seguro en mi ternura. ¿Quién impedirá que yo juegue con los rizos de tu ca-

beza? ¿Por qué algún día no habremos de apacentar juntos los ganados?... ¿No te me prometiste para compañero?... ¿No me hiciste juramento de amor, aquella vez, mientras anochecía sobre los valles?... Todavía me acuerdo cómo estaban las estrellas en el horizonte. Te diría el lugar y el nombre de cada una.

ABINADAB

Hubo también quién me llamó para darme aviso de que rondó tu cabaña una noche entera, hasta que vino el alba, cierto pastor que no era yo...

LA SULAMITA

Tal vez no sea falsedad. Yo sólo sé que una tarde, del lado de las peñas, un pastor me seguía. Mas no eras tú, Abinadab. Por tanto, mis ojos se turbaron. Y aunque era blanco, y de los hombros para abajo el más fornido de los zagales, y de los hombros para arriba el más hermoso de los mancebos;

y aunque una vez le oí soplar la flauta, — ¡y era de oir aquel son! — yo dije en mí misma: Abinadab es mejor que éste.

ABINADAB

Hay un labio que cuenta que aquel zagal te dió unas flores.

LA SULAMITA

Ese labio cuenta falsedad. Un día yo lo vi, bajando por el collado, cogiendo lirios de los valles. Pero me oculté en un bosque de olivos, y el mancebo no me halló.

ABINADAB

Dime ahora, Sulamita, quién era aquel pastor, porque en verdad te digo que lo odio!

LA SULAMITA

Amado mío, yo no lo sé. Pregunté y no me respondieron.

ABINADAB

Yo lo preguntaré hasta saberlo, porque lo odio como a los osos y a los lobos. ¡Vive Jehová, que te deseo que encuentres a tu galán, que es de los hombros para abajo el más fornido de los zagales, y de los hombros para arriba el más hermoso de los mancebos! Haga Jehová que lo halles y le pases mis palabras!

LA SULAMITA, ya de pie.

¡Vanidad de tu amor! Tu amor no es más que vanidad. Te hablan por la ciudad las doncellas, te hablan mentira, y tú les crees. Te hablo yo al lado de tu corazón, y no me crees nada, y clavas el codo en la rodilla, y bajas la frente, y la reposas entre las manos... Yo me partiré entonces, me iré con mi cántaro, y no volveré más...

ABINADAB

Déjame, pues, Sulamita, y vete.

LA SULAMITA

¡Las ascuas de los celos! ¡Las ascuas de los celos! ¡Te las esconderé con lirios, te las apagaré con lágrimas!

ABINADAB

Déjame, Sulamita, y vete.

Sale, pues, la Sulamita, por la puerta que da a los corredores. Lleva el cántaro al hombro. Va taciturna y lenta, llena de sutiles tristezas de amor.

Abinadab, caviloso, se ha quedado al borde de la fuente. En aquel silencio, si no son los pasos de la Sulamita, no hay otra cosa que viva. Mientras tanto arde el crepúsculo. El agua de la fuente está toda rosa.

En esto llega Abarim, que es un soldado de los buenos de Banaías. Viste una túnica corta. La espada, ceñida a la cintura, le cae a lo largo del muslo. Ha venido por los aposentos del rey. Su voz es franca: la voz de un fuerte guerrero, "de los fuertes de Israel".

Abinadab, buscándote anduve por las calles de la ciudad. Paz de Jehová sea en tu corazón.

ABINADAB

Jehová contigo, Abarim.

ABARIM

Nunca te vi más pensativo, ni más sin ventura que esta vez. Si tu alma no es firme como cedro del Líbano, vientos de la vida la doblegarán. Si tu pecho se dobla bajo un dolor ligero, ¿qué será mañana, cuando venga el tiempo duro?...

ABINADAB

Enfermedad de amor me enferma el alma, Abarim. No es más que eso: un poco de pena. Ya sabes tú que el amor no es otra cosa, que un poco de dulce pena que pasa...

ABARIM

En mi tierra había hechiceras, llenas de consejos para mal de amores. Pero no sanaron nunca a nadie.

ABINADAB

Lo mismo sucedía en mis tierras... Mas todavía no me has dicho para qué me buscabas... ¿Habré de preguntarte primero, si tu venida es de paz?... Según entraste de misterioso y de urgido, anunciando el tiempo duro, no es de esperar mucho bien de tu presencia.

ABARIM

Mi venida es de paz, Abinadab, pero no son de paz las palabras que tengo de decir.

ABINADAB

Habla.

ABARIM

Soy soldado de los soldados de Banaías; mi corazón es de valiente. Por tanto, Ba-

naías, que es mi jefe, pone su fe en mi espada, y sobre esto me ama. Palabra que viene de Salomón, como palabra que antes venía de David, primero la escucha Banaías y luego la conozco yo...

ABINADAB

¿Qué palabra conociste ahora, que tenga de importarme a mí?

ABARIM

Palabra de destierro, dijo Banaías para tí; palabra de destierro que oyó del rey Salomón.

ABINADAB

¿Palabra de destierro?... (*Pausa*). Supe yo, y no lo habré de olvidar, que Salomón, ya ungido de Jehová, por mano de Sadoc, fulminó palabra de muerte sobre Adonías, al cual mató Banaías, por mandato del rey. Oí más: oí que Salomón, habiendo huído Joab al tabernáculo, dijo a Banaías: Vé y arremete contra Joab. Y Joab murió por

mano de Banaías, por mandato de Salomón. Supe más: supe que el rey decretó contra Seméi, prisión en la ciudad, y que luego dictó orden de muerte, que se cumplió. Y supe todavía que el sacerdote Abiathar fué apartado del servicio del templo y desterrado después. Mas todos ellos eran grandes de Israel. Pero a mí, que fuí pastor en Galaad y pastor soy todavía en Jerusalén, ¿por qué habría de desterrarme el ungido de Jehová?... ¿O hice algo, Abarim, en contra de su ley?

ABARIM

En verdad que nada hiciste.

ABINADAB

Entonces, ¿por qué me destierran?...

ABARIM

Oyelo todo, mi buen Abinadab: Cuando supe de boca de Banaías la sentencia de Salomón, yo le dije: He aquí, ¿Abinadab será enviado a Hiram para traer madera de ce-

dro y de haya con que se edificará el templo de Jehová?... Banaías repuso: No será así.

ABINADAB, con la voz medrosa

¿No será así?...

ABARIM

Yo entonces repliqué: ¿Será puesto, por tanto, en obra de labrar las maderas del templo?...

ABINADAB

¿Banaías dijo?...

ABARIM

Banaías dijo: No... — ¿O lo harán, pregunté, o lo harán cortador en los montes del Líbano, o bien cincelador de piedras, o cargador de canteras?...

ABINADAB

¿Y qué dijo tu jefe?...

ABARIM

Mi jefe respondió: — No será así. Y continuó diciendo: — Abinadab será enviado entre los diez mil hombres que mes a mes manda Israel a las tierras de Hiram. Y uno entre los diez mil lo matará.

ABINADAB

¿Por qué, Abarim, esa muerte para este siervo? ¿En qué le estorbo a Salomón, que así me condena? No lo vi ni lo oí nunca... Sin embargo, mala muerte me eligió... ¡Ah! Pero no es poca empresa — vive Jehová! — matar a filo de espada a quien desde la niñez fué ágil entre las breñas y fuerte sobre los riscos... No por haber tratado con ovejas mansas y cabras de fácil ordeñar, tuve cobarde el ánimo; que estas manos que tú ves, saben lo que es entrar una hoja de espada por la quinta costilla de un ladrón. Robarme quieren la dulce vida, así como se poda la mala rama. Así sea. Iré con los diez mil que van a tierras de Hiram, por ver cómo es la cara del mal nacido. ¡Pero que no

yerre el golpe, porque sangre de cobarde regaré!

ABARIM

No lo harás, no lo harás, porque en huir está el consejo, en huir y no volver.

ABINADAB

Verdad, verdad me dices. ¿Pero cómo se irá conmigo la Sulamita? Nada tengo, nada podré llevar... Tal vez ni manteca, ni hojaldre, ni qué arrimar a la lumbre. ¿Cómo se iría entonces la Sulamita, cómo se iría en pos de mí?

ABARIM

¿La Sulamita en pos de ti, has dicho?...

ABINADAB

No es otra la que mi alma ama.

ABARIM

Desventurado de ti, entonces, que por eso sólo perderías la cabeza. Se alzarían prego-

nes por los caminos, y te espiaría la traición. Puesto que si Salomón te ha señalado, es porque puso sus ojos en la Sulamita, y vió que era hermosa y dulce de amar.

Ya se acabó la esperanza del pastor. Ya se le hizo la noche en toda el alma. Ahora, de muy adentro, se le va levantando un viento de odio.

Entre tanto, está rosa aún el agua de la fuente. La tarde se aja y descolora. Hay desolación en aquel patio. El campo, desierto, se desvanece en el crepúsculo, detrás de las columnas.

La voz del pastor va a parecer ahora un viento de odio.

ABINADAB

¡Maldición, pues, maldición del cielo y de la tierra sobre el tirano de Jerusalén! Hombres van, hombres vienen, y en sus dominios se renuevan los esclavos. Hombres entran y hombres salen. ¡Malaventurados los que entran, dichosos los que saliendo, ya no volverán! ¡Maldito él y aborrecido, que por sus aborrecimientos hace odiosa la tierra que nos fundaron los padres!

ABARIM

¡Abinadab! ¡Abinadab! ¡El eco repite las palabras!

ABINADAB

¡Maldito él y aborrecido, que por maña me roba lo que mío es!... ¡Yo no sé qué hacen firmes esas columnas, Abarim, cuando mejor les estaría derrumbarse que sostener el techo de este déspota! ¡Maldito él y aborrecido!

ABARIM

¡El eco repite las palabras!

ABINADAB

¡Mentira, las repites tú! Y ahora, cuéntaselo todo, que para eso lo dije...

ABARIM

Más bien se lo contará ese que llega por el campo, detrás de las columnas.

Su ademásn señala hacia el campo inmediato. Se ha visto en el crepúsculo, la figura de un pastor, de aquél mismo que daba celos a Abinadab en la escena inicial.

ABINADAB

¿Y qué tiene ese que llega por el campo? Hoja él, hoja yo, los dos bajo el mismo viento. Ese también amaba a la Sulamita, y era mi enemigo. Ahora, tú ves, yo lo perdono y lo olvido; y en vez de disputarle la vida, él llega y yo me voy... Queda con paz.

ABARIM

Abinadab, ¿a dónde vas así?...

ABINADAB

A defender lo mío, espada contra espada, a defender el amor de mi vida...

ABARIM

No será de ese modo...

ABINADAB

Sí será, Abarim...

ABARIM

No será de ese modo, con peligro de que te maten las guardias. Conmigo irás, y yo velaré por ti, de compasión que te tengo... Espera... Espérame... Espérame del lado de los aposentos.

ABINADAB

¿Y para qué todo esto?

ABARIM

Para que juntos atendamos a tu destino..

ABINADAB

¡Atender a mi destino!... Te esperaré, como dices. Pero ya se acabó todo, ya no hay destino mío...

Sale Abinadab por una de las puertas de la derecha.

Mientras tanto, llega Salomón vestido de zagal. Nobleza de poeta y de rey trasciende de su apos-

tura. Su cara es blanca. Su cabello, como el ala de los cuervos.

ABARIM, prosternándose.

¡Señor!...

SALOMÓN

Levántate, Abarim. Hoy no quiero ser rey sino zagal. Mi vida está cansada de todo esto: cansada hasta el suplicio. En verdad te digo que ser Salomón es más triste que ser zagal. Desde que visto este traje de cabrero, mi corazón se ha puesto más alegre de latir. Todo se me ha tornado más grato de ver o más dulce de oir. La tierra se me ha llenado de cosas nuevas, sobre todo de pequeñas cosas nuevas, que dan olvido.

ABARIM

Jehová dió gloria mucha a mi señor el rey. El endulzará sus horas.

SALOMÓN

Jehová me dió gloria, como dices tú. Pero la gloria sola, es polvo y soledad. La gloria

torna a los hombres como islas, como islas de riscos que temen después los navegantes. Sólo el amor es capaz de acercarnos a las otras almas. El amor es la única dulzura. Eso me falta, Abarim.

ABARIM

La Sulamita será tuya, Señor.

SALOMÓN

Esclava, sí; compañera, no. Dejando mis vestiduras de rey, vestí de este modo simple, que es al fin vestir como conviene a lo que soy, un poeta, nada más ni nada menos que un poeta, que ama mucho más la pureza de una gota de rocío en la soledad de una hoja del campo, que todos los vinos de Engaddí. El poeta, mi buen Abarim, ha perdido la partida.

ABARIM

El rey la ganará.

SALOMÓN

Tú me dices con eso: la ganará el fantasma que hay en ti. Porque en cada hombre hay dos seres: uno real, ficticio el otro; uno el que siempre es, el que siempre será; otro el que van haciendo los demás, el que no está en los actos ni en la razón de los actos, sino en la túnica que cubre la espalda. Poeta soy, poeta nací, poeta canté, poeta viví, poeta moriré. Ese perdió la apuesta. Rey yo no soy, me hicísteis vosotros; me dísteis unas insignias y me dijísteis: Tú eres el rey. Pero no hablasteis con mi corazón. Ahora me dices tú: — El rey hará su voluntad. Y yo te corrijo así tu dicho: — El fantasma, la vana púrpura, la vana insignia, la cosa que muere y que pasa, harán su voluntad.

ABARIM

¡Señor!

SALOMÓN

Basta, Abarim. No busques de consolarme. Cada uno ha de padecer su desengaño;

de desengaños está hecho el conocimiento... Llegan a la suprema sabiduría los que caminan hasta el último desengaño... Pero dime entre tanto, ¿quién era ese pastor que platicaba contigo? ¿No es ése el amado de la Sulamita?

ABARIM

Así es, Señor.

SALOMÓN

Me pareció oirle duras voces.

ABARIM

Así era, Señor.

SALOMÓN

¿Sabe él, acaso, que yo soy el rey Salomón?

ABARIM

¡Nunca lo adivinara! Piensa él que tú

eres un pobre pastor de Sidón, o de otra lejana tierra, y mucho te odiaba por haberte visto requerir de amores a la Sulamita.

SALOMÓN

¿Y ya se curó de su odio?

ABARIM

¡Oh, sí, Señor! Porque supo el cuitado — para él la misericordia — que es voluntad del rey, desterrarlo de este reino. Hace un momento dijo: Lo olvido y lo perdono. Hoja él, hoja yo, los dos bajo el mismo viento... Y con eso, se fué por ese lado del edificio.

SALOMÓN

Hazle llegar hasta aquí.

ABARIM, *prosternándose.*

¡Para él la misericordia, Señor!

SALOMÓN

Para ti la obediencia, Abarim.

El soldado se inclina y parte. A poco, está de vuelta con Abinadab.

Ya no está rosa el agua de la fuente. La fuente ahora es una copa llena de ópalos.

ABINADAB

Según me haces llamar, se diría que eres un gran señor.

SALOMÓN

No se diría tanto; apenas se diría que soy un poeta.

ABINADAB

Supe que eres buen músico, mas no sabía que fueses también poeta.

SALOMÓN

¿Quién no lo es ahora que es nuestro rey

el hijo de David?... Tú mismo, ¿qué tañes?

ABINADAB

Soy hombre sin artes, hombre sin gloria.

SALOMÓN

Tú no hubieras sido de los varones de David. Sus escogidos te hubieran despreciado.

ABINADAB

¿Pero qué hubiera importado todo eso? Yo he recogido esta enseñanza de mis horas: Vivimos de vanidades y el despreciar es la más necia vanidad. Ayer nomás yo te odiaba con un odio profundo; mis ojos eran todo desprecio delante de tus ojos. Ahora vino uno que puede humillarnos, y he aquí yo he visto que mi odio era vanidad.

SALOMÓN

¿Quién es ése que tanto puede?

ABINADAB

Ese que tanto puede es Salomón, que ha dicho: La Sulamita será mía. Ahora, ¿qué haré yo contigo? Yo maldije de ti, yo abominé de ti. Ahora estamos igualados como dos espigas del mismo trigal, bajo el casco de los corceles del faraón.

ABARIM

Dicen, Abinadab, que siempre fué sabio el callar... Varón prudente siempre selló los labios, adivinando la ocasión.

SALOMÓN

Déjale hablar, soldado, que son buenas razones las que dice.

ABINADAB

Y aunque fueran malas, vive Jehová, ¿desde cuándo los mancebos de Israel tienen la lengua de plomo? En tiempos de Samuel, antes de que se hicieran holocaustos en Jerusalén, cada uno decía y hacía según

su parecer: La raza era de hombres fuertes. En tiempos de Saúl, cada uno seguía la bandera de su tropa, y las tropas eran muchas. En días de David ¿no hubo bandos de israelitas en pos de Absalón? ¿No se alzó voz de guerra contra David? Entonces la raza era fuerte. Sólo ahora, que es tiempo de oprobio, quieres tú que uno calle. Ciertamente la raza está dormida, y su caudillo ebrio. La paz ablandó los brazos, y molicie de esclavos nos entumece.

ABARIM

¡Cuenta que hablas en el palacio de Salomón!

ABINADAB

¡Así hablara delante de su trono!

SALOMÓN

¿Y qué más le dirías delante de su trono?

ABINADAB

Diríale: Rey, tú eres mi ladrón; una cordera, mi cordera, me robaste. Amábala y

apacentábala yo en los prados de mi cariño. Yo era su pastor. De este modo, la vida era dulce, y bendita la rueda del sol, en los días de los días... Pero tarde hubo de sin ventura, en que el lobo se arrimó a mi cercado. Triscando andaba la cordera y dormía el pastor. Así llegó la hora mala. El lobo me la robó, y ya se ha puesto a afilar los colmillos agudos. Tú eres mi lobo. Tú eres mi ladrón.

SALOMÓN

¡Pobre, Abinadab! Yo lo odio también a Salomón y lo desprecio. Es vil entre viles, y sólo se habla en su abono, que ha sufrido mucho. ¡Oh, sí, Abinadab, todavía sufre mucho! Dolor y soledad le son apenas las mujeres de su harén. Dolor y soledad, el beso comprado, la caricia mercenaria, el abrazo de la esclava. Dolor y soledad, la miseria de sus eunucos. Dolor y soledad, el oro de sus palacios, las riquezas de sus templos, las calles de su ciudad y los muros de su alcoba. ¡Dolor y soledad, la vida entera, sobre la piel, entre la carne, bajo los huesos y en el

corazón! ¡Dolor y soledad, la vida entera, y cuando mira del lado de la muerte, también la muerte, dolor y soledad!

Toda esa pena ha caído en la tarde muerta. El cielo pálido de la hora no tiene ni una estrella para acompañar aquella angustia del rey.

ABINADAB

Dijérase que tú eres hermano de Salomón. ¡Así te temblaba la voz!

SALOMÓN

¡Dijérase que yo soy el mismo Salomón!

ABINADAB, con espanto.

¿Qué has dicho tú ahora?...

SALOMÓN formidable.

He dicho que yo soy Salomón, y que yo amo a tu amada, y que yo soy tu rey, y que

tu cabeza está debajo de mi espada como un árbol debajo del hacha del hachador.

ABINADAB

¡Señor!

SALOMÓN

Y digo más, ¡porque digo que te perdono, porque digo que te vayas, y que la paz de Jehová te consuele, porque no quiero manchar mis manos con tu sangre!

ABINADAB

¡Señor!

SALOMÓN

Y digo más, porque digo que a nadie amé tanto como a la Sulamita, y que la Sulamita será mía, viva o muerta! Porque por fría y yerta que estuviera, yo me echaría a sus pies, la amaría, y la Sulamita, por milagros de amor, me engendraría hijos.

El ademán del rey pone espanto y silencio.

La tarde ya no es más que una borra.

ABINADAB

¡Rey!...

SALOMÓN

Y digo más: porque digo que te vayas. Mira, la noche cae sobre Jerusalén. Una última lumbre flota en el aire y aclara aún los muros y los zócalos. Vete, la noche llega. Tú decías que me odiabas, pero he aquí, tiemblas debajo de mi brazo, delante de mis ojos. Vete. Y tú con él, Abarim.

Los dos hombres se alejan abrazados. Se alejan lentamente. Se adivina que Abinadab, cabizbajo, va llorando, con un llanto silencioso y terrible, que más que mojarle la cara, se la quema.

Hierático, glorioso, Salomón los sigue con los ojos, hasta que desaparecen del lado de los aposentos. Al cabo, va a sentarse al borde de la fuente, donde estuviera Abinadab en la primera escena. Inclina la cabeza y la reposa entre las manos.

Y he aquí que vuelve la Sulamita, por la puerta de los corredores, con el cántaro al hombro, paso a paso, con la cadencia ler-

da de una danza sagrada. Entra sonriendo. Viene coronada de jacintos. Se dispone a sacar agua.

LA SULAMITA

He aquí que mi corazón estuvo vacío como este cántaro. Pero hubo una mano, la tuya, Abinadab, que lo hundió en la fuente del amor, y lo colmó de agua clara.

¿Quién podrá ser sino su enamorado, ése que se ha puesto a padecer con el crepúsculo?

Así engañada, la Sulamita quítase la corona de jacintos, y la posa sobre las sienes de Salomón.

Abinadab, yo te amo, esta corona es para tí.

Vuélvese entonces Salomón, y silenciosamente, de una manera suprema, le da un beso en la boca, un beso que nunca se acaba.

Cuando la deja, suenan estas palabras de tragedia:

SALOMÓN

¡Pero yo no soy Abinadab!...

LA SULAMITA

¡Oh! ¡El pastor sidonita!

SALOMÓN

¡Ni el pastor sidonita!... ¡Ni tú me amas! ¡Yo no soy más que un rey de Jerusalén!

Cae el telón, mientras cierra la noche sobre la ciudad sagrada.

II

NATHAN, EL PROFETA

Es de noche en la ciudad sagrada. El patio está bañado de claridad lunar. Más allá de las columnas, el campo se desvanece como cosa de sueño.

En un escaño de piedra, Abinadab, bajos los ojos, medita. Entra Nathán, del lado de los corredores. Su ancianidad es majestuosa. Pasa junto a Abinadab. Abinadab se incorpora. A la luz de la luna, reconoce la figura del profeta. Nathán traspone las columnas. Sale a observar el cielo. Abinadab lo sigue, duda, está por volverse, está por huir; al fin se decide, y habla.

ABINADAB

Mi señor Nathán...

NATHÁN

¿Quién me nombra?...

ABINADAB

¿Mi señor Nathán, puede oirme unas pocas palabras?

NATHÁN, *volviéndose.*

Dilas.

ABINADAB

¿Mi señor Nathán ya no se acuerda de este siervo?

NATHÁN

¿Te he visto yo alguna vez?...

ABINADAB

Y tantas veces, cuando por mi país oficiabas vestido con el vestido santo... Yo te he visto aceptar los holocaustos pacíficos, los presentes de becerros: la una mitad de su sangre ponías en tazones, la otra mitad esparcías por la piedra del altar.

NATHÁN

Así se hace.

ABINADAB

Me acuerdo más, señor, me acuerdo de las grandes ofrendas. Oro, plata, cobre, telas carmesíes, abundancia de lino y de pelos de cabra; todo te llevaban. Y todavía, cueros de morueco teñidos de rojo, madera de cedro, aceite para las luminarias, y especias para el zahumerio. Y todo aquello daba olor de holganza en los altares de Jehová...

NATHÁN

¿Acaso tú eras uno?...

ABINADAB

Yo era uno que no faltaba nunca a los sacrificios de novillos, que era cuando tú les ponías las manos sobre las astas, y los matabas, con esfuerzo grande, a las puertas del tabernáculo... Crujían las cervices bajo tus puños terribles, clamaban las gargantas

de las víctimas; se oía como un huracán entre cedros; hasta que tus brazos, torciendo y quebrando, daban con todo eso en la muerte.

NATHÁN

¡Bendita sea tu palabra, que así trae el buen recuerdo!... Y dime ¿cuáles eran tus ofrendas:...

ABINADAB

Yo te llevaba mirra, canela, aceite de olivas para el ungüento fino... O bien, ofrendas de tórtolas, si no tenía más. Tú hendías mis tórtolas por entre las alas, y hacías perfume en el fuego del dios... Una vez, recuerdo, llevé en holocausto un becerro, que tú degollaste en la presencia de Jehová.

NATHÁN

Voy acordándome de tí...

ABINADAB

Y te acordarás del todo, oh sacerdote y

señor, cuando te diga que una noche, durmiendo, tuve una visión, la cual hubo de llenarme de sobresalto. He aquí, me desperté con el espanto del sueño, que todavía me turbaba el espíritu. Soñando, soñé que se apagaba el fuego del altar de mi dios, y que Jehová, encendido de enojo, iba a extender su mano con calamidad. Entre tanto, llovía con mucho llover, y se oían pasar por la tormenta los carros del trueno. Hasta tu morada, señor, hasta tu morada, corrí por el camino fangoso, y llegando, te desperté con muchas voces. Tú y yo, juntos, corríamos entre el agua recia hacia el altar. Cuando llegamos una pobre llama ondulaba pegada a la leña, no así como los otros días, que daba fuego alto y rojo.

Un viejo terror supersticioso ha agravado en la noche las palabras y los gestos.

NATHÁN

Todo eso fué así. Santidad de santidades fué tu sueño.

ABINADAB

Así echamos, pues, leña en el hogar, y en la leña los sebos de las paces, las grasas olorosas. Y la llama prevaleció bajo nuestros alientos, y se alegró el santuario con la llama que subía, subiendo y chirriando... Ahora que sabes quién soy, ¿podré pedirte una merced?

NATHÁN

Puedes pedir, que alcanzarás.

A la luz de la luna, el sacerdote ha evocado su juventud gloriosa. Dijérase que en los rumores de la noche se están renovando antiguas plegarias de holocausto.

ABINADAB

¡Así haga contigo Jehová y sobre eso te añada!... Señor, tú eres de los fuertes varones de Israel; no en vano vistes vestidura entretejida de hilo de oro. El esplendor está contigo. Trabajan en la obra de tu pectoral, artífices de renombre, los tejedores y los re-

camadores. Doce son las piedras preciosas de tus adornos; doce son las tribus de Israel. Por cada piedra, mandas en una tribu. Doce son tus piedras, todo Israel te obedece. Hasta Salomón con su poderío, se inclina un poco delante de tu grandeza...

NATHÁN

¿Adónde vas, pastor, con todo eso?...

ABINADAB

A la súplica que te tengo de hacer. Tiempo hace que anda la luna por el cielo. A poco de ponerse, empezará a estar cercano el día. Cuando amanezca el día, dejaré para siempre Jerusalén. Sobre esto es mi súplica.

NATHÁN

Ya escucho.

ABINADAB

No dejaré Jerusalén; no es así como se dice. Me arrojarán de Jerusalén; así es mi

negocio... ¿Cómo me iría por mi voluntad a los peligros del desierto?... Arrojado salgo por Salomón; mi culpa es haber amado...

NATHÁN

¿Tú eres, entonces, aquel pastor de quien por todas partes se habla, el bien amado de la pastora de Sulem?

ABINADAB

Yo soy ese pastor, y no otro.

NATHÁN

¿Por qué, pues, permaneces por estos lugares, sin prisa de huir? ¿No tienes miedo de perder la vida a filo de espada?...

ABINADAB

Por verla una vez más a la que mi alma ama, todavía me retardo por estos lugares, que ya me son de horror. Pero es consuelo para mi pena, andar así peligrando por la

Sulamita... Por verla, anduve con los ojos locos, por los rincones de los patios, por las ventanas del palacio, por los corredores que van a los aposentos. Por oir su voz, por oir siquiera su sollozo, he andado al pié de estos muros, con el oído puesto en los rumores de la noche. Por decirle una palabra de esperanza, la he buscado, Señor, con los labios temblorosos de razones... Pero la noche va muy gastada. ¡Ciertamente, ya nunca, ya nunca más la volveré a ver!

Su voz ha sollozado. Ha habido un temblor de simpatía en la barba luenga de Nathán.

NATHÁN

Pero ver es lo mismo que no ver. ¿Qué más hay en los ojos del que ha visto, que en los ojos del que no ha visto? ¿Nos queda siquiera un color de lo que vemos? Amigos tuve que bajaron a la muerte. No me quedó de ellos, por mucho que los ví, nada en los ojos. Las pupilas son como agua de estanque, y cada amigo como una sombra que pa-

sa. Siendo esto así, ¿qué te curas de ver o de no ver otra vez a la Sulamita?

ABINADAB

¡Qué bien dicho, de seguro, mas cómo se conoce que no eres tú el que la ama!

NATHÁN

Proverbios fueron esos, que te dije para tu consuelo.

ABINADAB

Yo la quiero, oh Nathán, hasta mucho más allá de los proverbios. Desde la niñez me viene este amor, profeta, cuando, sin saber por qué, buscaba su compañía, para partir con ella mi torta y mi fruta. Tiempo hubo en que creí gustar de la faena pastoril y de la paz de las cabañas, por pura afición al campo y a sus bienes. Mas cuando un día me faltó mi compañera, ví que era ella la muy querida, y que por amor de ella, se me hacían dignas de amar hasta las ovejas... no diré hasta las ovejas... hasta esa hierba

áspera que olfatean y no comen las ovejas...

NATHÁN

¡Pobre Abinadab!

ABINADAB

Y bien, mi señor, la Sulamita queda, yo me voy. ¡Que haya alguien que la proteja en mi nombre! ¿Quieres ser tú, oh profeta, el protector de la cautiva?

NATHÁN

Salomón, que está sobre todo Israel, la ha tomado para sí. Nada le faltará.

ABINADAB

Yo le faltaré, señor, a pesar de todo el poderío del rey, y créeme, aunque te dé trabajo, que ya le faltará bastante. Bueno ha de ser entonces que haya uno que se acuerde con ella de su pastor. Sé tú, profeta. Mañana la verás reclinada sobre el hombro de una amiga, triste entre las mujeres, pensando

cómo la vida es despareja, como el que ya tiene mucho, arrima mucho más; cómo el que sólo tiene un bien, de seguro que lo pierde... Porque, en verdad, tú ves, Salomón es poderoso; ochenta son las preferidas; sesenta son las reinas; innumerables los caballos y las yeguas. Yo no soy poderoso, ni son ochenta mis preferidas, ni sesenta mis esposas, ni mis yeguas y caballos sin número. ¿Por qué, pues, yo he de perder mi única riqueza?... Viéronla brillar entre mis manos, y hubo codicia sobre mí... El codiciador tenía guardias y era rey...

NATHÁN

Tu súplica ha sido oída. Yo protegeré a tu amada, y conseguiré del rey la palabra de la seguridad.

ABINADAB

¡Gracias, señor!

NATHÁN

Ahora vete, pastor, a esperar días mejores: los días mejores que te llegarán. Vete.

La luna ya va muy cielo abajo... Cuida que no te maten. Lo demás cuidaré yo.

ABINADAB

La luna va muy cielo abajo y debo irme, pero ahora que es el momento de la partida, el corazón no se anima a partir... ¡Hasta me están entrando deseos de hacerme asesinar por las guardias!

NATHÁN

Calla y parte: los días buenos llegarán. Tú conoces el sol de hoy, mas no el sol de mañana. Sólo la esperanza es sabia.

ABINADAB, besándole las manos.

Me voy, señor. Tú lo has dicho. Yo no conozco el sol de mañana.

NATHÁN

Yo iré contigo. Por ahí se oyen pasos y voces que se acercan. Saldremos juntos. Yo velaré por tí.

ABINADAB

¡Como en aquella noche tan lejana, señor, cuando se te apagaba el fuego del altar!

NATHÁN

¡Quiera Jehová devolverte el servicio, y alimentarte con fe nueva este fuego de la esperanza, que ya se te apaga!

ABINADAB

¡Oh, si Jehová me hiciera, como yo hice con él, una llama alta y roja!

Salen por la terraza de las columnas.

Llegan, entretanto, Salomón y Abarim. Vienen de la cámara del amor.

ABARIM

Entonces dije: Poned un lecho de marfil en esta cámara, porque así convendrá al de-

seo del rey. Y aprontáronte lecho de marfil... Dije más, diciendo...

SALOMÓN

Bien, está bien, Abarim; fuíste buen siervo de tu señor, y otra vez yo me hubiera alegrado con tu servicio; mas no ahora, porque es como si tú y yo anduviéramos preparando una red. Dolor y vergüenza me está dando este amor, arreglado a traición por maña tuya y mía. No se dirá de Salomón, que conseguía tales favores con artes tan mezquinas.

ABARIM

Tú, dirás pues, lo que yo debo hacer.

SALOMÓN

Vé a buscar a la Sulamita, aquí cerca está su cámara, y dale mensaje mío, mensaje leal, diciendo: El rey quiere verte.

ABARIM

Así será cumplido.

Sale. Salomón, que se ha sentado al borde de la fuente, mira en el agua reposada cómo se copian las estrellas. Entra las manos al agua fría y murmura:

SALOMÓN

¡Destino! ¡Destino!... Tan inútil es pretender arrebatar al destino lo que no nos ha de dar, como querer, con mano ingenua, recoger una estrella de esas que ahora tiemblan en el espejo de esta agua... ¡Destino! ¡Destino!... Más fácil que vencer al destino, es recoger estrellas en el fondo del agua...

¡La Sulamita! El rey se yergue. Se diría que ha entrado la luna.

¡Sulamita!

LA SULAMITA

Me dieron mensaje de mi señor el rey, diciendo: el rey quiere verte. He aquí tu esclava a tus pies.

SALOMÓN

Acércate, Sulamita; acércate al corazón de tu rey que te ha llamado. Aquí vine a quejarme del destino, buscando de vencer la adversidad de las estrellas... Enfermo estoy, el aire me falta en el respiro, y así como mi padre, cuando se sintió morir, hizo traer a su lecho a la dulce Abisag, hago ahora que te me traigan al lado mío...

Siéntanse a la orilla de la fuente. Pero, ¡qué amantes serán felices en este patio, junto a esa fuente, si el patio está sombrío por una despedida, si la fuente llora por Abinadab!..

LA SULAMITA

Mas qué alivio será el que yo te dé, si nada sé de magia ni de medicina?... Una tía que yo tuve, la cual era de Galaad, solía buscar hierbas a la luz de la aurora, y esas hierbas curaban a los enfermos de todo Galaad... Mas nunca aprendí yo a mezclarlas ni a hervirlas en las redomas; que de haberlo apren-

dido, ya me saldría por esos caminos de los extramuros, cortaría hierbas y te curaría de tu mal.

SALOMÓN

Mucha bondad, mucha bondad la tuya, Sulamita, que así te expondrías por mí a los riesgos de la noche.

LA SULAMITA

Tanto más lo haría, cuanto que quiero pedirte una merced...

SALOMÓN

¿Qué merced me pedirías, que yo no consintiera?...

LA SULAMITA

Yo le diría al rey Salomón: Tú, el ungido de Jehová, sé magnánimo. Tú tienes oro en tus cámaras, marfil en tus muros, incienso en tus trébedes, piedras de precio en tu lecho. La mano de Jehová te dá su fuerza,

y el arca de la alianza su seguridad. Tu vida está señalada. Tienes en tu harén mujeres hermosas, que bailan en tus festines, y llenan el aire de perfumes finos; en tus ánforas, todo licor y toda miel; en tus árboles, todos los frutos. En tu despensa, cada día, harina en abundancia, diez bueyes gordos, cien ovejas, sin decir nada de las aves, de los ciervos, de las cabras, de los búfalos innumerables... ¿No es esto cierto, rey?... ¿O miente tu sierva?

SALOMÓN

Dices verdad en todo eso.

LA SULAMITA

Otro conozco yo, que no nació rey sino zagal. Piensa que tú lo fueras: que no tuvieras nada, que apacentaras ovejas ajenas en prados ajenos; que nada fuera tuyo, ni el agua que te calma la sed, después de la faena... Que no tuvieras el harén que tienes ni a la hija del Faraón por esposa. Que solamente se te hubiera otorgado el pobre amor

de otra zagala... ¿Qué harías tú si el rey Salomón te lo quitara?

SALOMÓN

¡Sulamita, Sulamita, por qué dices esto!

LA SULAMITA

Concédeme esta gracia; devuélveme a mi dueño; mira que tú no necesitas de mí. Yo soy como un guijarro en medio de tus piedras preciosas. ¿Qué tengo yo que hacer en tus arcas de oro? Yo soy guijarro, piedrecilla de los senderos; no la pulió, no la alisó el agua de ningún arroyo. Piedrecilla de los senderos, guijarro soy, para manos de zagal, no para manos de rey.

¿Para qué habla, para qué clama la Sulamita, si hablando y clamando se vuelve todavía más bella a los ojos de su señor?

¡Oh, la que está cautiva por hermosa, presa por su dulce voz! El canto de los pájaros, mientras más triste, más los ata a la prisión. ¡No quebrantarás nunca las rejas!

SALOMÓN

¡Sulamita, tú eres señalada entre diez mil!

LA SULAMITA

Fíjate en el viento que pasa, en el viento que viene del lado de Sulem. Va de viaje, pasa y no vuelve. Así vas tú, como el viento que sopla del lado de Sulem; pasas y no vuelves: ¿Qué te importará después de mí?

Pero el rey quisiera que la Sulamita fuese como los muros y su amor como las hiedras.

SALOMÓN

Inútiles palabras éstas que dices tú! Hijo soy de David, duro como él. ¿O has olvidado la historia de Bersabé?

LA SULAMITA

No la he olvidado. ¡Mi madre la repetía con espanto!

SALOMÓN

Un día, al caer la tarde, el rey David subió a las azoteas de su casa, y distinguió en un patio vecino una mujer hermosa que se estaba lavando...

LA SULAMITA

Era Bersabé que se estaba lavando.

SALOMÓN

Y apeteció el rey a la mujer, que era ajena, esposa del soldado Urías, que ponía cerco a Rabba en los ejércitos de Joab. Y el rey dió orden a Joab, mandando que dejase a Urías a espaldas de la hueste para que fuera muerto. Y fué muerto de ese modo, y David hizo su voluntad en Bersabé que fué mi madre.

LA SULAMITA

Verdad, verdad...

Hacia este punto, el diálogo se vuelve doloroso y vehemente. Se adivina que están por suceder cosas irreparables.

SALOMÓN

Y yo que te amo, Sulamita, más que David a Bersabé, ¿habré de renunciar a tí?... ¡Ah! Tú no sabes cómo es mi deseo. Es hondo, es largo, es ancho. Se podría cavar tanto en su tierra, como para sepultar bosques de cedro, y así mismo sobraría hondura... En mi deseo me consumiré. Como vino al paladar, como vino añejo al paladar, ¡así me es el sabor de tu nombre!

LA SULAMITA

¡Tosca soy, guijarro soy!

Y se queda, doblada la cabeza, mirando el cristal de la fuente; su tristeza quisiera también como los surtidores ir deshaciéndose en lágrimas.

SALOMÓN

¡De codiciar, más que mis tesoros! Prime-

ro habría de verte muerta, que no ajena. (Alzándose, exaltado y patético). Primero, muerta por mis manos, aquí mismo, ahora mismo, apretándote el cuello, (todo lo cual como dice hace) doblándote la cara sobre el agua de la fuente... (le dobla la cara) hasta asfixiarte en el agua, (la va asfixiando) que no ajena!... (Dejándola, trágico) Sulamita, elije! ¡La luna me está dando un mal consejo! Sulamita, ¡elije!

LA SULAMITA levantándose trémula.

¡Calla!... ¡Calla, por Jehová!... Me das miedo... No te acerques... Eres como el viento que me apaga la lámpara!

SALOMÓN

¡Oh, que debe ser dulce tu agonía, asfixiándote en la fuente! ¡Oh, que debe dar alivio al que te ama sin esperanza!...

En esto se ve llegar a Nathán que viene del otro lado de las columnas.

LA SULAMITA

¡Oh!, no lo harás, ¡oh rey! ya no tienes tiempo de hacerlo... He visto pasar la sombra de Nathán... ¡El profeta ha oído tu voz y corre para salvarme!...

SALOMÓN

¡Oh, no será que te socorra! ¡Aquí no entrará nadie!

Llega Nathán. Su figura domina la escena. Su serenidad majestuosa da no sé qué mayor grandeza trágica al instante decisivo. Viéndole, la Sulamita ha corrido a buscar amparo en la bondad del profeta. Con los brazos desnudos le enlaza el cuello, medio recostada sobre su pecho. Nathán, con su firmeza escultural y su diestra extendida, es más que segura defensa para la cautiva.

NATHÁN

¿Qué era esto que sucedía, Salomón?

SALOMÓN

Profeta, en tu presencia todo secreto se desnuda de su velo. ¡Para qué preguntas nada! Tu ojo mira en cada secreto como el pez en el agua.

NATHÁN

En verdad, Salomón, grande es mi poder; como de telarañas es el tuyo.

SALOMÓN

Dámela entonces, profeta; dámela, que verdaderamente me consumo de deseo. Dámela. Tú con una poción de jugos mágicos puedes entregármela. Salgamos al campo bajo la luna, agachémonos a coger hierbas. Yo prepararé las redomas, atizaré la leña, y tú dirás: Basta.

LA SULAMITA

Sálvame, mi señor Nathán, no me des hierbas de magia.

NATHÁN

Ni salir a los valles, ni buscar hierbas, ni encender leña, ni cuajar filtros de hechicería. Antes, renunciarás y penarás y te quedarás solo, y no habrá Sulamita para tí. Esta es la lección que Jehová quiere que aprendas.

SALOMÓN

Oye, Nathán; un día me ungiste por tus manos con el aceite del cuerno del tabernáculo, sonaron trompetas, sonaron flautas, y en la ciudad hubo fiesta, y grandes voces en loor del nuevo rey de Israel... Entonces yo era dichoso, la paz estaba en mi corazón y reinar me daba orgullo.

NATHÁN

¿Qué vas a decir con eso?...

SALOMÓN

Entonces reinar me daba orgullo, mi alegría estaba puesta en mi ciudad. Rodaban

con estruendo los carros reales y pasaban con clamor las gentes de a caballo. ¡Mi nombre en todos los labios, mi gloria en toda la tierra! Mi brazo, fuerte; mi palabra, rectitud; mi poder sobre todas las cabezas, como las banderas en lo alto de las torres!

NATHÁN

Todo eso es verdad.

SALOMÓN

Hasta que un día entre los días, esa Sulamita que tú acojes, se mostró en mi camino, y me puso el corazón tembloroso. Todo mi poder fué así como bandera en el viento. Yo abomino ahora del poder que me diste, y me parto de Jerusalén para siempre.

NATHÁN

Sobre tu trono te quedarás, y prevalecerá tu nombre entre los nombres de las generaciones.

SALOMÓN

Dame entonces el brebaje del olvido. Yo no soy sabio como tú, yo no tengo esa barba tuya, que exprimida por tus manos, gotea sabiduría. Dame el brebaje del olvido para no desear.

NATHÁN

No será que yo te dé nada.

SALOMÓN

Entonces, ¿para qué has venido? Te has entrado aquí sin ser llamado, has contradicho mi voz, y tu voluntad ha señoreado sobre la mía! Te pedí el filtro del amor, no me lo diste; la poción del olvido, y me la negaste. Abominé del poder con que me ungiste, púselo en tus manos, y lo rechazaste. Ahora yo te digo, que no hay paz entre nosotros. ¡O tú harás conforme a mi mandato, o mañana no más los caminantes andarán sobre tus cenizas!...

NATHÁN, inmutable

Eres ignorante, Salomón, y vanidoso.

SALOMÓN

¡Que el recuerdo de Abiathar te edifique! Guarda tu vida, guarda tu alma; mi puñal está bastante cerca de tu garganta. ¡Ay de tí, mago, cuando llegue la hora de mi justicia!

NATHÁN

¡Yo no le temo a tu justicia, Salomón!

SALOMÓN

¡Ni yo a tu magia, Nathán! Delante de las estrellas te desafío, delante de los poderes ocultos de la noche! ¡Eres como perro muerto en presencia de mi gloria! ¡De ceniza son tus pies, vara de humo es tu cuerpo!

NATHÁN

¡Tregua, Salomón, tregua! Dicho está el reto, pero dame una tregua. Voy a acostar

a la Sulamita y al punto he de volver a tu lado. Si puede, mi barba goteará sabiduría sobre tu corazón. Entre tanto, no busques mi rigor porque no te conviene. Ya vez cómo, en medio de tu furor, la Sulamita se ha dormido sobre mi pecho.

SALOMÓN, ya acometivo.

¡Mago!... ¡Yo no le temo a tu poder!

NATHÁN, conteniéndolo.

La Sulamita se ha dormido...

En eso cae el telón.

III

LA CAMARA DEL AMOR

Este es el mismo patio. A la izquierda se ve la entrada de la cámara del amor, fácil de reconocer, como ya se dijo, por la púrpura de sus colgaduras.

Unos en los escaños, otros de pie, seis soldados hacen guardia. Abarim es ése que está entre ellos, con los ojos alertos y el continente fiero.

Al empezar la acción, pasan, una en pos de otra tres doncellas hebreas que serán mañana de los serrallos del rey. Van deshojando rosas y lirios, haciendo sendas de rosas y lirios hasta la cámara de Salomón. Lento el ademán, el andar perezoso.

Hablan los soldados, pero ellas no les atienden. Demasiado parecen tener con su oficio de deshojar lirios y rosas.

Cae luz de luna en el patio de Salomón. Nótase que en la cámara del amor, brillan las lámparas. Como de rosas es su claridad. Como de lirios la luz de la luna.

Y la escena comienza así:

UN SOLDADO

¿Quién es ésa que ahora viene deshojando rosas y lirios, alfombrando el suelo?

Esta voz ha sido como la de un hombre que sueña.

ABARIM

Esa es una que guarda Salomón para su serrallo: tiene el color del tronco de las palmeras.

OTRO

La que viene en pos tiene ojeras grandes, y sus ojeras el color de los higos.

OTRO

Diéranme a elegir, y me quedaría con la última, que ha de tener el sabor de los dátiles.

OTRO

Diéranme a elegir y contestaría: No elijo, sino que a las tres me las llevo debajo de mi huerto.

UNO

¡Cómo cada vez brilla más la gloria de Salomón! Dicen que son sesenta las esposas.

OTRO

Ochenta dicen que son las odaliscas.

OTRO

Dicen que son innumerables las doncellas que aguardan el llamado del rey.

ABARIM

Cierto es, pero una entre todas se llamará la elegida.

UNO

¡Todas son elegidas! Estas tienen el ademán perezoso.

OTRO

Van como soñando mientras deshojan lirios.

OTRO

Cuidan que el suelo quede blanco y rosa.

OTRO

Y bien mullido, como para las sandalias del rey.

ABARIM

La senda que hacen concluye en la cámara del amor.

OTRO

¿Habrá pues fiesta, Abarim?

ABARIM

Esta noche se cumplirán tales hechos, que ganarán renombre.

Será por eso, amigos, que el viento de la noche vuela cargado de perfumes...

Será por eso, amigos, que la luna se ha puesto olor a lirios...

UNO

Cuenta, Abarim.

OTRO

Mejor sería quedarse en silencio, mirando a ésta, la del canasto de juncos.

OTRO

Cuenta, Abarim, y no hagas caso de ése que tiene viña y vinos dulces. Cuando bebe es así, le asoman los deseos y le da por callar y hacer callar.

AQUÉL

¡Como que es de codiciar! ¡Como que huele a canela!

ABARIM

Pero otra es la elegida, y para la elegida se celebra el festín.

UNO

¿Vendrán tañedores de harpa?

ABARIM

Tañedores de harpa y tocadores de flauta y danzadoras de pie alado y doncellas sin cuento.

OTRO

Ciertamente, Nathán el profeta preferiría endechas en vez de cantos de epitalamio.

ABARIM

Pero el hijo de David da esta fiesta y escoge hoy por su esposa a la Sulamita, porque se corrieron voces de que Nathán el profeta se lo tenía vedado. Así la majestad de Salomón sufría mengua entre las gentes, porque si él es el ungido ¿por qué, decid, había de poner otro la mano sobre él? Por tanto, ha dictaminado elegir para su tálamo a la Sulamita, que es la más hermosa de las mujeres de Jerusalén.

UNO

Mas ¿por qué fué que Nathán el profeta lo tenía vedado?

ABARIM

Quiere instruir en santidad al hijo de David, hasta que se vuelva flaco y triste como él se volvió. A este propósito predícale la renuncia de todo bien que alumbra el sol. Dió además en advertir que la Sulamita ama al pastor Abinadab y no halla justo que el rey ponga sus ojos en ella que es ajena.

UNO

Yo aquí tengo de decir que el amor ha de correr como el río conforme a su declive natural. No está bien hacer fuerza en las doncellas ni variar la corriente de las aguas.

OTRO

Y yo aquí tengo de contar una cosa que hoy he visto. Pero antes, decid, ¿cierto es que Abinadab fué arrojado de la ciudad y que sufre destierro?

ABARIM

Cierto es.

AQUÉL

Aquí entonces tengo de contar mi cosa...

Pónense todos en actitud de escuchar. El soldado ordena sus recuerdos. Nótasele en el gesto ese orgullo del que se hace oir.

Andando a la tarde por extramuros, no lejos de la puerta del Oriente, oí a la distancia una voz clamorosa. Ya lo tenía olvidado, cuando de vuelta, a eso del anochecer, oí de nuevo aquella voz. Y dije: Yo conozco esta voz. Y ahora os digo: Vosotros también la conocéis. La voz de Abinadab, compañeros, que clamaba: ¡Sulamita, Sulamita!... por la soledad de los lugares.

UNO

Calla, que tu lengua está húmeda de vino... ¿Sabes tú lo que dices?...

AQUÉL

Yo, Abarim, soy nuevo en estas guardias y nada supe de lo acontecido con Abinadab.

Busqué por los sitios vecinos, y he aquí Abinadab viniendo hacia mí, Abinadab que me abraza!... Nótole en la cara una descompuesta expresión, y en las miradas, extravío. Me lo llevo conmigo, me lo entro conmigo por la puerta del Oriente. De fatigado que está casi no puede andar. Se apoya en mi, con el brazo me envuelve el cuello. Así cualquiera hubiese dicho que herido lo sacaba del combate. Lo llevo conmigo a mi casa, lo siento a mi mesa, mi mujer le prepara viandas que comer, y una hija que tengo le trae agua con que se refresque los labios...

ABARIM

Lo cual con un desterrado se llama escarnecer la ley.

AQUÉL

Lo cual con quienquiera que sea se llama cumplir ley de caridad. Tanto más, que yo no conocía el decreto de destierro.

ABARIM

Sigue contando.

AQUÉL

Ya no hay más que contar, sino que me confió su dolor y me acongojó con su cuita.

ABARIM

Y después de eso, ¿se tornó al desierto?...

AQUÉL

No, Abarim, no se tornó al desierto; Abinadab está en Jerusalén.

ABARIM

Estará en Jerusalén, pero estará escondido en tu bodega...

AQUÉL

No, Abarim, Abinadab no está escondido en mi bodega.

ABARIM

Pero a lo menos no andará rondando este palacio, como quien busca su perdición.

ABARIM

Como quien busca su perdición, anda al pie de este palacio.

ABARIM

¿Lo has dicho?...

AQUÉL

Sí, Abarim, y todavía más. Abinadab está aquí cerca... Abinadab ha venido a entregarse prisionero en tus manos.

ABARIM

Salid, pues, vosotros... Tú, soldado, hazle entrar.

Salen todos. A poco entra Abinadab. Es aún el mismo zagal hermoso de los tiempos felices. Pero ahora la amargura le demacra la faz. Exhausto, se apoya en los muros para andar.

ABINADAB

Haya paz en tu alma, Abarim.

ABARIM

La paz contigo. Y ahora dime: ¿por qué te has tornado?

ABINADAB

¿Por qué me he tornado? Pregúntale al sol por la mañana: ¿Por qué te has tornado? Yo hago con la Sulamita, oficio parecido a ese del sol con la tierra. ¡Por qué me he tornado! Porque mejor estoy prisionero entre estos muros, cerca de ella, que libre por la soledad.

ABARIM

¿Y a eso vienes, para hacerte prender?

ABINADAB

A eso y a ver este patio. ¿No ves que éste es el mismo patio?... Aquí cuando atardecía yo era venturoso. Aquí venía, siguiéndole los pasos. De esta fuente sacaba agua para su huerto.

ABARIM

Abinadab, ¿para qué dices nada?...

ABINADAB

Aquí fué la cosa tremenda; aquí supe la negra verdad; aquí escuché las palabras terribles y ví los ojos del ungido... ¡Ah! ¿Por qué dejé ¡oh Abarim! que me vencieran sus ojos!

ABARIM

Abinadab, la fuente oye, la fuente murmura...

ABINADAB

Aquí fué mi última súplica, aquí fué la última esperanza...

ABARIM

Abinadab, Abinadab, ¿qué puedo hacer por tí?

ABINADAB

Tú, nada. Tu prisionero soy. Entrégame a mi juez, y mi juez te dirá qué debes hacer conmigo.

Salen de la cámara del amor las doncellas hebreas. Ahóra esparcen las últimas flores.

ABARIM

No, Abinadab, no eres mi prisionero ni te llevaré a tu juez; pero no hables de esto, que podrían oirte ésas que allí vienen.

Pasan las tres doncellas perezosamente.

ABINADAB

Vienen esparciendo flores. ¿Por qué hacen un camino de flores?... Dime Abarim... (Cogiéndolo de los hombros con terrible sospecha) Dímelo, que tú lo sabes... En tus ojos está la verdad. ¡He visto la verdad en tus ojos!...

ABARIM

Sí, Abinadab, has adivinado la verdad en mis ojos... Ahora vete. ¿Qué podrías hacer aquí?... Vete y no vuelvas más. Mucho más cerca de la que amas estarás en tu recuerdo, dondequiera que anduvieres, que entre estos muros, viendo lo que ves. Vete, y olvida si puedes estas angustias de tu amor.

ABINADAB

¡Nunca, amigo mío! ¡Ella era todo para mí! Queriéndola diría que empezó mi vida. Antes de quererla, ni yo existía, ni el mundo, ni tú, ni cosa ninguna que se ve o se oye. A veces pienso que por el amor que yo tuve nació ella y las cosas se hicieron. ¡Ella era todo para mí! Mi moneda y mi cosa comprada. Mi sueño y la cosa que se sueña. Mis ojos y la cosa que se ve. Mi oído y mi cosa oída. ¡Ella era todo, ella era todo, Señor! ¡Cómo quieres que yo te lo explique! ¡No se puede explicar!

ABARIM, con alarma.

Sí, amigo mío, yo te entiendo; pero vete. Pronto sonarán las primeras músicas. ¿Para qué te quedarías?... ¿Sabes tú acaso si la Sulamita te ama aún?... ¿Jurarías que no se envanece ahora con ser la elegida del rey? Mira, salgamos de aquí, yo mismo te llevaré hasta lugar seguro. Suenan pasos... ¿Oyes?...

ABINADAB, saliendo

Yo no sé si me quiere como ayer. Yo no puedo jurar por el Nombre, que ella no se envanece ahora, siendo la elegida de su rey.

Salen. Por una de las puertas de la derecha entran a escena la Sulamita y Salomón. Duro el gesto, triste la mirada, bien se conoce que la hebrea piensa siempre en su pastor. Se sienta al borde de la fuente. Y éste es el diálogo:

SALOMÓN

A las montañas de Efraín, a las montañas de Efraín, te he comparado...

LA SULAMITA

Y tú, mi Señor, si yo soy como las montañas de Efraín ¿por qué te das a andar por montañas? He aquí yo soy áspera y roqueña. ¿Brotará el lirio en mi piedra?

SALOMÓN

Oye, Sulamita, ahora diré en tu honor a las bailarinas: Bailad sobre el solado en honor de mi elegida. ¿Por qué, pues, me serás dura y agria como los barrancales de Masfá?

LA SULAMITA

Mucho me das, Señor, y yo nada te pido. ¿Por qué, pues, me reprendes? ¿Te pedí algo acaso?

SALOMÓN

¡Todo me lo pedías con los ojos! ¡La vida misma! Todo me lo pedías con el misterio de tu cabellera, con la incitación de tus labios!

LA SULAMITA

¡Yo no lo supe, mi Señor!

SALOMÓN

Oye, Sulamita. Ahora he dicho en tu honor a las más bellas de las odaliscas: Esparcidme lirios y deshojadme rosas, y deshojadme luna, sol y estrellas, si lo podéis, y hacedme sendero en palacio hasta la cámara del amor. ¿No ves tú ahora cómo se me hizo sendero conforme a mi mandamiento? ¿Habré de decir entonces: Volveos, odaliscas, y recoged los frescos pétalos y dádselos al viento?... ¡A causa de tí, Sulamita, yo me he puesto triste, como el desierto con los grandes calores!

Nada es más triste ¡oh amigos! que el desierto con los grandes calores. El aire se pone rojo, y todo se quema, desierto y caravana, en un mismo fuego desolador. El cielo y las arenas parecen sangrar. Diríase que la piedra del hondero sonaría allá en el cielo duro como en una campana de cobre.

LA SULAMITA

¡Ah! ¡Quién te me diese como amigo que no pidiera nada, que no pidiera lo que no puedo dar!

SALOMÓN

¡Tú eres como rosal que no dió rosas sino que se llenó de espinas!

LA SULAMITA

Y tú, mi Señor, ¿por qué has de ser como el que separa ramas de rosal con los brazos desnudos?

SALOMÓN

¡Porque más allá de las ramas silvestres está la alberca para calmar la sed!

LA SULAMITA

Oyeme tú, ahora, mi Señor, y dime por qué me tienes sed. ¿Soy yo como alberca

de aguas claras? ¿No me has llamado agria y dura como los barrancales de Masfá? ¿No quisiste asfixiarme en la fuente?

SALOMÓN

¡Oh, perdóname! Tú eres el agua única, como agua de lluvia que cayera después de no haber llovido diez mil años!... Oye, Sulamita, ahora; oye, Sulamita. Mi sed no se calma con cualquier sorbo de agua. Diéronme doncellas rubias su agua pura en sus copas de oro: mas no calmé mi sed. Diéronme doncellas morenas su vino fuerte en copas elegidas: mas no calmé mi sed. Doncellas negras de cuello lustroso y dientes blanquísimos, doncellas negras diéronme su aguamiel en ánforas perfectas: mas no calmé mi sed... ¡Tú sola, tú sola eres el raudal para mi sed! ¡Oh, si me agachara a tu cuerpo como a un arroyo! ¡Oh, si me saciara en tu cuerpo como en fuente secreta!

Y Salomón en su juramento de amor, se ha puesto fiero como un caudillo en la batalla, como un caudillo cubierto de heridas!

LA SULAMITA, alzándose

Señor, ¡te tengo miedo! ¡Eres como un viento que me apaga las lámparas! Señor, te tengo miedo, ponme lejos de tí. ¡Eres como la hoz que corta las espigas, como el viento en mi lámpara! ¡Te tengo miedo!

SALOMÓN

¡Miedo, no! ¡Miedo no, Sulamita!

LA SULAMITA

¡Oh, sí! ¡Te tengo miedo!

SALOMÓN

¡Ah! sin razón lo dices, por más que sepas lo que hice con Adonías, lo que hice con Joab, lo que hice con Seméi. ¡Verdad que cuando Adonías preparó carros y dispuso ejércitos y tomó consejo de Abiathar el sacerdote y de Joab el capitán, y sacrificó ovejas y vacas y bueyes, junto a la peña de Zoheleth, diciendo "yo reinaré", yo le hice matar, al cabo, por mano de Banaías!

LA SULAMITA

¡Oh, quién me pusiera lejos de tus manos!

SALOMÓN

¡Y a Abiathar sacerdote aparté del sacerdocio de Jehová, y sólo le libró de mi justicia haber llevado en tiempos de David el arca de la alianza!

LA SULAMITA

¡Quién me pusiera lejos!

SALOMÓN

¡Y con sangre empapé las canas de Joab, y con sangre se le enterró en su sepulcro, y a su sepulcro se va por los caminos del desierto!... Y a Seméi, por no guardar su juramento, lo hice matar a filo de cuchillo. ¡Y su tumba está también por las llanuras resecas!... Sí, yo soy como el viento que apaga las lámparas y como la hoz que corta

espigas; pero fuí para tí huerto maduro, manzano en flor, ramo de lirios, y por piedad de mi alma no murió tu pastor bajo la espada de mis guardias. Yo te fuí, Sulamita, como huerto maduro, como manzano en flor! ¡Mas ya no te pido nada, sino que no compares este amor con el viento que te apaga las lámparas!...

No ha podido más con su dolor y ha llorado. Las últimas palabras han vibrado empapadas de lágrimas.

Oyese en este punto el grito errante del pastor que clama en la noche largamente: ¡Sulamita!.. Es un grito desesperado y sollozante: ¡Sulamita!..

La Sulamita corre hacia la baranda del foro. Con los ojos avizores busca a la luz lunar al pastor que la llama.

Salomón se ha quedado en su sitio, tembloroso y enigmático.

LA SULAMITA, volviéndose.

Tú ves, Señor, es mi pastor que me llama. ¡Es su voz, mi Señor, como sonaba antaño

en las cabañas de la heredad!... Tú ves, Señor, que es mi pastor que me llama.

Oyese otra vez el grito errante: ¡Sulamita!..

Es su voz, mi Señor, como sonaba cuando, de niños, él me buscaba entre las viñas que cuidaban mis hermanas.

Oyese por tercera vez el grito errante: ¡Sulamita!..

Cuando su voz me llamaba, Señor, entre las viñas que cuidaban mis hermanas, yo me iba del lado de su voz, lo hallaba a la sombra de las parras, y me le reclinaba sobre el hombro. Ahora me ha llamado tres veces, me ha llamado tres veces el que ama mi alma, y ¡he aquí yo no me voy ahora del lado de su clamor!

Vuélvese la Sulamita hacia el barandal que da al campo. Sus ojos avizores siguen febriles la sombra del pastor que la llama.

Salomón se le acerca. Su voz tiembla en el recogimiento del patio con luna.

SALOMÓN

Rosas esparcieron para ti, por mi mandato, y deshojaron lirios. De lirios y de rosas hicieron camino hacia la cámara del amor. Joab, Seméi y Adonías bajaron ensangrentados a la sepultura. He aquí entre tanto a tu pastor que perdoné, que anda libre ahora y que te llama por tu nombre debajo de mi palacio.

LA SULAMITA, asomándose al campo.

¡Huye, amado, huye, amado, que para tí no habrá piedad!... ¡Huye, amado, y no me nombres más!...

Salomón prosigue. Su voz solloza en la noche.

SALOMÓN

Pero yo te he sido como la luz de tu lámpara, y he aquí ahora que yo te digo lo que desgarra el corazón: Huye, Sulamita, huye en pos de él, vete en pos de tu amado, y re-

clínale la cabeza en el hombro, (su voz entrecortada, tiembla y solloza) como cuando de niños, te llamaba debajo de las parras. ¡Huye, Sulamita, huye en pos de él!...

Vacilante, ebria de júbilo, flor de gratitud, la Sulamita échase a los pies de su rey.

LA SULAMITA

¡Así te haga Jehová, y así te añada!

SALOMÓN

¡Huye, Sulamita, huye en pos de él!

Oyese aún el grito errante: ¡Sulamita!

¡Huye, Sulamita, huye en pos de él!

Sale la Sulamita. Un instante después, vésele pasar por el campo, del otro lado de las columnas.

Salomón se asoma al campo. Su voz dice:

¡Ésa es la Sulamita, ésa es la Sulamita,

que corre en pos de su amado, que huye de mí para siempre!

En esto entra Nathán el profeta, por la puerta de los corredores.
Salomón prosigue:

¡Ah! ¡Yo te he sido como huerto maduro, como manzano en flor, como ramo de lirios!

NATHAN, acariciándole con suaves manos la cabeza rizada:

¡Así te haga Jehová y así te añada, porque fuiste como huerto maduro, como manzano en flor, como ramo de lirios!

Y en eso cae el telón.

FIN

NOTAS

LA SULAMITA

Al doctor Fernando Alvarez.

No he probado vino mejor — ¡ni quién lo probará jamás! — que el Cantar de los Cantares. Es la vida hecha vino, Dionisos borracho en Engaddí.

La emoción profunda, la plenitud de alegría dionisíaca que me causara su primer conocimiento, me llevaron muchas veces más del lado de aquellas ánforas de hechizo. El que allí se acerca ve tambalear el mundo en torno suyo, pónese ilusión en los ojos, olvido en la pena, corona de pámpanos en las sienes. ¿Habrá dolor que no se alivie, cuando vibran en el aire fragante de la primavera, los supremos versículos de las invitaciones?... ¿Habrá siquiera uno, que rompa su copa y no beba?.. Cuando pasa la Sulamita, olor a mirra y a canela, ¿habrá

uno solo, que no le deshoje para senda de rosas, el corazón?..

Y un día entre los muchos días, caí en la curiosidad exegética. Empecé, pues, a leer cuanto se había escrito sobre la pastoral salomónica, y así dí con la interpretación alemana, que tuve por hallazgo interesantísimo.

Salomón no era, entonces, el amante afortunado?... Con todas sus riquezas, no pudo comprarse el amor de la pastora?... ¿Amaba ésta a un cuidador de cabras, y era su amor tan fervoroso, que sabría triunfar de los deseos del rey?...

La idea de dramatizar esta situación patética se impuso a mi espíritu, bien que de antemano disentí con aquellos intérpretes. ¡Salomón el glorioso, Salomón el divino, sufriendo desdenes de la Sulamita! Y al lado suyo, con honda y zurrón, en contraste paradójico, la figura del zagal victorioso y feliz... Allí estaba el drama; allí los protagonistas, ya en la actitud precisa, esperaban nomás que un don de palabra, para animarse de pasión, y decirse sus cosas profundas. Esto, aparte de la absoluta novedad del asunto, encendió mi entusiasmo.

Sólo Eugenio de Castro, en efecto, ha llevado al teatro la figura de Salomón. Pero en nada se parece mi obra a la de aquel lusitano ilustre. El tema, en

la suya, lo da la reina de Saba. En la mía, la mucha-cha de Sulem. Mi Salomón no es el suyo. Aquel Sa-lomón es sabio, opulento, poderoso, ha edificado tem-plo a Jehová, ha levantado monumentos, ha suscitado la contemplación absorta de todos los príncipes de la tierra. El mío, en cambio, es un Salomón apasiona-do y juvenil; aún no se ha dado a las meditaciones, y todo el tiempo se le va en hacer versos de amor. El Salomón de Castro sabe tanto, que ya no ama; en cambio, es amado con violencias de fatalidad. El mío, no sabe más que amar, y por trance amoroso se dis-fraza de pastor una tarde, y anda sonando la flauta geórgica, a la conquista de la supuesta zagala mara-villosa y esquiva.

Y esta pastora de Sulem no es ni Rebeca, ni Ra-quel, ni Ruth, ni en nada se les asemeja. Rebeca es la que baja una tarde hasta la cisterna del lugar, a la hora en que son de ver por el campo las mozas que van por agua, cada una con su cántaro. Rebeca es aquélla que porque da de su agua al camellero recién arribado, halla fortuna y amor. La Sulamita no co-noce siquiera tales sitios. Raquel es la que lleva los ganados al abrevadero, la que una vez, mientras se hace de noche, deja que Jacob le bese la guinda que es su boca. Y esto pasa en medio de las blancas ovejas, en la paz crepuscular. La Sulamita no guía rebaños

en la quietud del anochecer. Ruth es la segadora, la que siega en los prados de trigo, la que entre las gavillas de oro encanta los ojos de Booz. La Sulamita no siega ni espiga. La Sulamita no es más que amor, dulzura de amor, tormento de amor, silencio de amor. Duerme desnuda en un lecho de lirios, y su esposo — un esposo magnífico — entona su alabanza con tal arrebato, que todo lo dice y lo canta, aunque haya de mencionar las más íntimas perfecciones.

Nardo, mirra, jacintos y todos los polvos aromáticos :eso es la Sulamita. Que corran en pos de ella los enamorados, que aspiren su perfume deleitoso, y se enerven de amor. ¿Qué mucho, si los enamorados se mueren de este divino mal, cuando los pájaros mismos se ponen a loarla y los arroyos se desmayan con los secretos de su baño?..

Y he aquí ahora, todo lo que sabemos de la Sulamita, según palabra de las Escrituras: Era de codiciar como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón. Por el olor de sus buenos ungüentos, ungüento derramado podría ser su nombre. Nada mejor que sus mejillas entre los zarcillos, que su cuello entre los collares. Como el lirio entre las espinas, como vara de humo, sahumada de incienso y mirra: así era. Sus labios como hilo de grana, su habla hermosa. ¡Con razón el reclamo inicial del poema comenta un deseo

de besos de aquella boca; pues no ha debido haber en el mundo cosa más deseable que tales besos! Pasaba la Sulamita, y hacía hablar y temblar de lujuria los labios de los viejos. Sus caricias eran mejores que el vino. Sus labios destilaban miel. Había leche y miel debajo de su lengua, y el olor de su aliento era como el olor de las manzanas.

Así era. Que el escritor que la evoca, haya logrado dar al aire de su patria un poco de esa fragancia de manzana y lirio de la Sulamita; hoy que precisamente no le va quedando al mundo más que el pesado olor de la matanza y el incendio.

Sólo por el amor se harán más buenos los corazones. Y éste es un libro de amor.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

A Julio Carri Pérez.

Nada más raro que este canto de amor en las páginas de la Biblia. No se comprende a qué viene esta invitación epitalámica, ni quién la propone ni quién la escucha, entre esas tiendas de los profetas, donde no hay más que ver que rostros descompuestos y melenas desgreñadas por el viento del desierto. Al lado de Job, la Sulamita; he aquí una vecindad imposible.

Sin embargo, así es; suena entre las tribus bíblicas la pastoral de los Cantares, sin que haya aquí como en el salmo XLV, un balbuceo de amor, sino el amor mismo, apasionado y tormentoso. Pasa una ráfaga entre los versículos, y se levanta un olor a flores. De los besos de la Sulamita parece que viviera el mundo todavía. ¡Qué gran vacío sentiríamos en el corazón, a

no haber escuchado esta canción divina! ¡Cómo tendríamos la intuitiva evidencia de una hora que no llegó!...

Pero ¿se puede afirmar, sin riesgo de error, que el Cantar de los Cantares sea precisamente un epitalamio? Y si lo es, ¿qué significado hay que atribuirle? ¿Celébranse verdaderamente las nupcias de Salomón con una princesa egipcia? ¿O es más bien una alegoría y en tal hipótesis son meras entidades abstractas los esposos de la égloga?

En desorientación extrema, hasta se ha llegado a sostener la falta de unidad del idilio bíblico, que en todo caso no sería más que una colección de quejas amorosas, compuestas en tiempos y lugares diversos por ya olvidados poetas. Ni ha faltado quien defienda a su vez el carácter teatral del poema, estudiando los diferentes personajes, dividiendo las distintas escenas consecutivas, averiguando la trama y el desenlace de la comedia.

Esta cuestión no puede ser más áspera de dificultades. Si es un drama, ¿cuáles son los personajes que allí se mueven? ¿Cómo actúa Salomón? ¿Cuántos coros intervienen? ¿Cuántos son los actos de que se compone? ¿Cómo se representaba y dónde? ¿Cuál era su aparato escénico?

La sola primera cuestión no aparece muy escueta.

Ya no se habla como en la exégesis sagrada de una pareja que está de bodas. Ya ni se asegura que Salomón sea el desposado. Ni se afirma — mucho menos— que la Sulamita sea una princesa de Egipto. La crítica laica ve en la Esposa una pastora de Sulem, en Salomón un amante infortunado, y todavía, descubre en la penumbra del poema, la figura de un pastor, que es justamente el bien amado de la hebrea.

De ahí han ido surgiendo las varias interpretaciones. Un teólogo, Jacobi, afirmaba a fines del siglo diez y ocho esta tesis revolucionaria: La hija de un viñador, que habíase casado con un pastor de la vecindad, es raptada por agentes de Salomón y conducida a su harén. Pero la joven logra resistir los empeños del rey y retorna con pureza a los brazos de su marido. Tal sería el asunto dramático.

Mr. Bruston, exégeta protestante, llegaba hasta decir que el Cantar constaba de cinco actos. En el primero, Salomón se mostraría rodeado de hermosas almeas, que entonarían aires voluptuosos del país. La Sulamita, traída al serrallo en la ocasión, contaría, no bien aquietada, cómo y cuándo se había prendado de un zagal. El segundo acto, que sería de pocos instantes, salvo que danzas y cantos lo alargaran, contendría un monólogo en que la cautiva echaría de menos a su pastor y a su aldea. El tercero, rompiendo la

unidad de acción, nos contaría las bodas del rey con una rica princesa. En el cuarto acto, que sería el más original, Salomón confesaría a la reclusa su amor apremiante, haciéndole en el momento las más inflamadas alabanzas. Pero ella, en un contrapunto gracioso a la vez que temerario, contestaríale con elogios a su cuidador de cabras. Hasta que el quinto acto, de duración exigua, mostraría el retorno de la prisionera, en brazos del bien amado.

Ewald e Hitzig, lo mismo que Renán, marchan por ese camino. Pero Renán, como siempre, toma la cuestión a su cargo, con su acostumbrada ceguera de teólogo sensual. Renán tenía que sentirse cómodo al lado de Bruston, para negarle carácter sagrado al libro de los Cantares. Ya se sabe cuánto odió siempre todo símbolo y cómo su misticismo, incapaz de llegar a la contemplación vidente, no pasó nunca más allá de la novela mediocre.

Para Renán es el Cantar una página profana, en que Salomón se ve a menudo ridiculizado. A fin de sacar triunfante su tesis, empieza por afirmar que el único modo de aclarar las "confusiones" del Cantar de los Cantares es trasponer algunas escenas; mas sin ánimo para decidirse a semejante extremo, se toma la más lata libertad interpretativa. Su plan parécese al ya examinado: Un primer acto para mostrarnos a la

Sulamita cautiva en el serrallo; otro en que la protagonista se desmaya de deseo en brazos de su zagal; otro para enseñarnos un cortejo de Salomón; dos actos más para contarnos la victoria de la prisionera, y un epílogo buscando de cohonestar esta trama con los desconcertantes versículos finales del capítulo octavo. A través de toda esta urdimbre no hay escena que no sea un primor de interpretación arbitraria.

Mauricio Vernes, el erudito articulista de la Grande Enciclopédie, tiene por contrarias al buen sentido todas las enunciadas opiniones, desde la de Jacobi hasta la de Renán. No puede avenirse con ver desdoblado al personaje heroico en rey y zagal. Para él no es el Cantar de los Cantares más que un epitalamio en que la esposa ilustre lleva traje de pastora al sólo fin de darle al poema cierto decoro campestre. Pero a cualquiera se le ocurre que esta falta de sinceridad rayana en la artimaña, no se explicaría en tan gran poeta como el cantor de este idilio.

Vernes razona bien en lo que niega, y mal en lo que afirma. Y es que el libro de los Cánticos, pese a la crítica profana, forma un texto sacro. Yo he fundado, verdad, mi evocación en las interpretaciones laicas, mas lo he hecho con el simple propósito de mostrar algo de la antigua belleza; no por realizar

obra exegética. Mientras llega la oportunidad de hacerlo, quiero dejar constancia de mi posición en el asunto.

Se sabe que hay alegoría en la égloga bíblica, pero no se acierta en aquello que se alegoriza. ¡Aquí de las alegorías! Cierta exégesis judía hallaba en la Sulamita la personificación de su país, y descubría en el Esposo la presencia de Jehová. Por tal medio se loaban las preferencias del demiurgo por la tierra de los circuncisos. Huelga decir que tal hipótesis no tenía otro fundamento que un achaque de orgullo nacional, porque ni los campos de Israel fueron nunca dignos del ditirambo, ni cabe en la idiosincrasia del mito hebreo, que siempre anduvo tronando por el nubarrón, tanta fineza de amor como le prodiga el Esposo a la mujer deseada.

Por su lado, los teólogos del cristianismo han visto allí los amores del Cristo legendario con su Iglesia. Tal interpretación no puede tampoco aceptarse, por la razón muy sencilla de que por los tiempos en que se colocan los hechos de Salomón, aun no se había predicado la religión cristiana. Verdad es que pasa por misterio de fe que Salomón nos muestra la décimaséptima figura del dios redentor — lo cual teológicamente resolvería la cuestión, — mas no debe olvidarse que siempre faltaría la declaración colateral de que

en la princesa egipcia hay que ver una figura de la Iglesia, mejor dicho, la décimaséptima figura de la Iglesia. Ni puede mejorarse la situación suponiendo para el caso una visión profética del poeta, pues Salomón, presunto autor, no tuvo nunca el don adivinatorio... Creo, en consecuencia, que el enunciado cristiano es insostenible, aun limitando la discusión al estricto terreno de la teología.

Ni vale la pena de considerar aquella otra tesis que encontraba en el poema los amores de la virgen con el Espíritu: son análogos aspectos de un mismo error, de que tiene la culpa el sensualismo antropomorfita de los cultos modernos. Todo ha caído, hasta el Logos divino, en la cruz de la carne...

Problema sin solución hasta ahora, no será de la Iglesia de donde salga el intérprete fiel. Si de ella hubiera dependido, aún yacería el epitalamio admirable en el olvido del misal latino. No es por su obra, si anda traducido en romance. Un día — recuérdelo el lector — cierto fraile agustino muy versado en letras sacras y poeta de renombre, hubo de traducirlo al español por inspiración de una monja del monasterio de Santa Cruz. A poco, los embriagantes versículos sonaban por primera vez en lengua de Castilla, y se llenaban de copias de la versión los conventos de los castos y las bibliotecas de los doctos. El poeta traduc-

tor era nada menos que Fray Luis de León. Con todo, el Santo Oficio lo prendió, sin respetarle prestigios ni investidura. Había profanado el agustino la canción salomónica, al traducirla, y hasta había dicho que sólo era "carmen amatorium ad suam uxorem". El proceso fué largo y penoso. Mediaba la primavera de 1571 cuando fué incoado. Se terminó, "Christo Nomine Invocato", allá por setiembre del quinto año siguiente, cuando ya la tierra, llena de enseñanza, comenzaba como de propósito a deshojarse de los engaños del follaje.

Fray Luis, tantas veces tachado de judaizante, quizá conocía el hondo amor de los hebreos por su "schir asch schirim", que quiere decir cantar entre los cantares. Hasta quizás compartía la opinión rabina de comparar toda la obra de Salomón con un templo, siendo todo templo — como supongo — un doble símbolo, por cuanto es imagen del universo a la vez que jeroglífico de perfección. Los Proverbios serían el atrio, el Eclesiastés, el lugar santo, y el Cantar de los Cantares, el recinto santísimo. Lo cual no parece mal pensado.

Por lo pronto, hay que admitir que tal es su orden en la Biblia: Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares. Por lo demás, los Proverbios tocan asuntos mundanos, dan normas de uso corriente. Como

los atrios, sólo se enteran de lo que pasa en la calle. En el Eclesiastés ya sucede de otro modo: hay inquietud mística y dolor de soledad. El mundo ha quedado fuera, y, en torno, la eternidad filtra silencio. El discípulo ahora, pasadas las pruebas, ve que todo es vanidad, y así se queda a solas, terriblemente a solas, entre el mundo perdido y el misterio por llegar. Finalmente, el Cantar de los Cantares aporta el pleno consuelo, una extrahumana alegría de amar, un eterno bien inefable en la dulzura de un epitalamio siempre resonante. El solo del Eclesiastés — ¡ay del solo! se gimió allí — ha encontrado a la esposa ideal, y la felicidad le ha brotado en versos del corazón.

Sagaces, sutiles o ligeras, las enunciadas exégesis no han dado, a mi entender, con la clave de este enigma. La verdad está en otra parte. Yo que creo haberla encontrado, la diría aquí mismo; pero es asunto largo de tratar, y me falta el lugar y el momento. Basta afirmar por ahora, que el Cantar de los Cantares es, sin duda alguna, un epitalamio alegórico, compuesto para celebrar unas bodas verdaderamente gloriosas (1).

(1) Lea el que se interese por esta honda cuestión el libro que el autor prometiera y que ya publicó la Biblioteca "Atlántida": *El Cantar de los Cantares — Exégesis.*

EL REY SALOMON

A Amado Nervo.

Dos libros de la Biblia, el de las Crónicas y el de los Reyes, han originado principalmente toda la literatura histórica, poética o moral producida hasta hoy sobre el rey Salomón, su tiempo y sus cosas. Nathán, mago y escriba, es tenido por el fiel relator de aquel reinado glorioso. Mas no es fácil saber — bien examinados los textos — si Nathán narra en ellos acontecimientos reales, o si toda esa red de hechos maravillosos no es más que sombra ilusoria que deja caer sobre la página su luenga barba de profeta.

Al primer atisbo del crítico, ya sorprende que pueda pasarse de David el hondero a Salomón el sabio; del altar de piedra de Gabaón al templo de oro y

mármol de Jerusalén; de las tiendas rústicas, mejor diría sórdidas, del Salmista, a los palacios magníficos del Predicador; de la vida insegura a la paz estable; del ejército de infantes feroces, que sólo saben combatir, a las caballerías brillantes que sólo sirven de cortejo; de la existencia aislada al expansivo poder naval, cuyos centenares de barcos viajarían por centenares de climas.

La leyenda de las escuadras salomónicas da una idea del esplendor de aquel reino. Salen las naves un día, y van a tan lejanas latitudes, que vuelven recién en el transcurso de tres años. ¡Misteriosas rutas y soberbios regresos! Sobre los puentes de las embarcaciones arribadas, brillan al sol tesoros nunca imaginados. Abundan los jaspes y las perlas, las esmeraldas son gruesas como huevos de paloma; hay toda clase de maderas ricas, desde el cedro sonoro para hacer cítaras, hasta el sándalo oloroso para hacer cofres. Sobra el marfil, sobran las piedras preciosas. Ni hay ave de plumaje extraño que no haya venido con los insignes marineros, desde el papagayo hasta el pavo real. Para que nada falte, ágiles monos, avizores como vigías, enroscan la cola serpentina en lo alto de los mástiles.

¡Y a qué reino llegaban tales navegantes! Baste decir que las esclavas del rey eran las más hermo-

sas mujeres de la tierra, y sus perfumes los más embriagantes, y sus adornos los más codiciados. Ellas eran las dueñas de los brazaletes relucientes, de las medias lunas áureas, de las sartas de perlas, de las diademas de pedrería, de los punzones de diamantes, de los záfiros, de las ágatas...

Corte de placer, de amor y de sabiduría, primero ofrécenle vasallaje los reyes vecinos, después los monarcas lejanos, y hasta aquella Balkis del país de Saba, opulenta y misteriosa, mueve al cabo su caravana. Con los años, Salomón aumenta sus riquezas de ciencia y de arte: vibra su verso al son de discantes y arpas. Los dioses mismos entonces, y con ellos la alegría y el pecado de toda la tierra; y con ellos, la esclava negra y la almea blanca, llegan a Jerusalén; suena el nombre de Astarté, vuelan las palomas de la Citerea, pasa la sombra de Pallas, Dionisos muestra la frente cubierta de pámpanos. Mientras tanto, Salomón envejece, pero el declinar de su vida es tan glorioso, que parece ya el sol mismo, y su manto real la propia púrpura del crepúsculo.

De todo esto dan testimonio las Escrituras; pero tales datos desfiguran al gran rey. Difícil tarea la de reducir su talla gigantesca a proporciones más humanas; con esto de desconcertante: que confor-

me se le saca del campo fabuloso surgen las contradicciones, se enredan los absurdos, el pensador comienza a dudar, el historiador enmudece. ¿Quién es este hombre a quien la Esposa de los Cantares tan pronto le dice blanco y rubio, como asegura que sus guedejas son crespas y negras con el color de los cuervos? ("Su cabeza, oro fino; sus guedejas negras".) ¿Quién es éste que tenía las piernas "Como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro", y el vientre de marfil, cubierto de záfiros? Esto no parece un hombre.

Añádase todavía que las cosas que se le atribuyen, o no le pertenecen o han sido puestas en duda. Desde luego, la crítica histórica — y esto se halla en cualquier enciclopedia — tiene demostrado que el libro de los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, supuestas obras salomónicas, no corresponden ni al mismo autor ni a la misma época. ¿Construyó el templo famoso de Jehová?... De tal manera abunda el texto bíblico en números místicos, al expresar las medidas del edificio, el tiempo de su construcción y la suma de sus trabajadores, que no parece tratarse de un verdadero templo, sino de una alegoría literaria, mediante la cual se expone cómo el hombre puede alcanzar los altos poderes de la naturaleza. Ni se olvida, al respecto, que aquel

santuario fué construído "sin que sonaran martillos ni hachas", según el libro de los Reyes; o "por mediación de genios", según la palabra del Corán; lo cual asimilaría este caso simbólico al de los francmasones que fundan todo su sistema en la construcción ideal de un templo.

Yo me he puesto alguna vez a querer aceptar la figura histórica de Salomón, y a través de los textos sacros he buscado de evocarlo. El Salomón de la Biblia me ha resultado así: Un hombre que supo engrandecer sus obras, edificar casas, plantar viñas, huertos y jardines; que hizo estanques de agua clara para el riego de sus bosques, adonde habia toda suerte de árboles; que tuvo hijos, que poseyó siervos y siervas, que fué rico en ovejas y vacas; que allegó plata, oro y abundancia de otros bienes; que tuvo cantores y cantoras, que fué magnificado y perseveró en la sabiduría, por más que supiera que "el que añade ciencia no hace más que añadir dolor".

He buscado su fondo moral, su vida interior, y he hallado ésto: Probablemente sufrió mucho. No por puro frasear llegó a decir que toda cosa es vanidad y aflicción de espíritu. Probablemente amó mucho y acaso no fué amado. A no ser así, no hubiera dicho de la mujer, que es más amarga que la muerte. Probablemente bajo el tormento de este

amor, no halló el buen olvido. De no ser así, no hubiera dicho de la mujer, que es toda redes y sus manos ligaduras. Pero iluminó su pena y vino en saber que para todas las cosas hay sazón, acaso también para la esperanza lograda; y con toda evidencia para la dulce paz; como que para él la muerte no era otra cosa que la memoria "puesta en olvido". Después de este olvido, ¿qué podría haber, de haber algo, sino el recobrar la memoria?... Por eso, expresando la verdad palingenésica, dice en el Eclesiastés (15, III) que Dios restaura lo que pasó.

Pero me vengo equivocando a sabiendas; no hay nada cierto en este Salomón exhumado. Ni nada más vano, ni más anticientífico, que seguir con Renán tan oscuras tareas de nigromancia bíblica. ¡Estos muertos de la Biblia no se despiertan, Señor! Ya no son más en sus sepulcros que una humedad pegajosa.

Yo no creo en el Salomón, rey de Israel. Le asigno en cambio un puro valor mítico (1), y en otra ocasión mostraré su profundidad luminosa. Sé que su nombre suena, evocador de maravillas, lo

---

(1) Huelga decir que de aquí surge un fuerte argumento contra la existencia histórica del dios crucificado; pues se rompe en Salomón el eslabón más firme de su cadena genealógica.

mismo en los versículos de la escritura judía, que en los suras del Corán, que en los cuentos de las Mil y una noches. Y de ahí mismo obtengo la certeza de su irrealidad.

Salomón es el dueño del Oriente; es más que el dueño, es el encantador. Su historia, sus mil historias, van repetidas de tienda en tienda por los nómades del desierto. La tradición lo conoce por el más hermoso y el más sabio; es el esposo perfecto, el juez por excelencia. Tiene el don de magia; su anillo mata, crea, transforma, posee la virtud recóndita de la brujería.

Véase, a propósito de la irrealidad de Salomón, cómo todo lo que está cerca de él se desvance en humo de ilusión. La reina de Saba no es más que un fantasma; hasta se suponía que como las satiresas fuera velluda y caprípeda (Corán, 44, XXVII, nota); su país resulta menos conocido todavía que la comarca del vellocino de oro. Nadie ha dado con el rastro de esta reina; toda su caravana se ha perdido en la leyenda; camellos y camelleros. No se conoce su nombre: Makeda la llama el etíope; Bilkis o Balkis la llama el árabe. Sus palacios, su trono, sus camafeos, todo se ha esfumado. El arenal se ha renovado varias veces sobre el erial de esta

fábula, pero nada ha reaparecido en la tierra removida.

Cuanta cosa se tiene por obra salomónica se ha deshecho en quimera. Su templo, insistiré, no es más que un montón de sueño. ¿A dónde están los cimientos? ¿Quién halló su verdadero sitio? ¿Quién coordinó los datos de los cronistas y el comento de los devotos? Dónde una columna, un arco, un pilar de mármol? De toda su magnificencia, ¿dónde un solo capitel fulgurante? (1). Los que redibujaron el plano de este templo lo hicieron bajo la fe de los libros sagrados (2). Mas ¿quién afirma la exactitud de los relatos bíblicos? ¿Quién se fía de la palabra

---

(1) Escojo, para probarlo, un libro muy leído en nuestras universidades, "Le Manuel d'Archéologie Orientale" de E. Babelon, en cuya página 218 se lee esto: "Il convient d'ajouter que toutes ces recherches se sont à peu près concentrées sur le temple de Jérusalem et son mobilier, qui résument en effet l'art judaique; or, si les monuments ne sont plus entre nos mains ou sous nos yeux, il n'est pas un seul édifice, dans toute l'antiquité orientale ou classique, sur lequel on posséde des témoignages écrits aussi circonstanciés et aussi nombreux". Que es precisamente lo malo de este asunto. Y añade: "En les prenant pour base, cent restitutions du temple ont été essayées"...

(2) Nadie ha encontrado nada. Y he aquí la propia prueba bíblica, de su total desaparición: En el cap. XXXVI, versículo 19, del Libro de las Crónicas, se lee lo siguiente, a propósito de la invasión caldea: "Y quemaron la casa

ebria, loca, a menudo esotérica, de los profetas? Y tanto peor si hay quien se atiene a su literalidad.

Salomón y sus cosas, en fuerza de ser prodigiosos, constituyen la riqueza de los bardos. Los poetas árabes dicen por galantería: Niña, tu boca es linda; linda como el sello de Salomón. ¿Y que es el sello de Salomón? He aquí una joya perdida — hagamos de cuenta — en el jardín de las Hespérides...

Hoy se tiene por sello de Salomón una figura que consiste en un doble triángulo kabalístico, rodeado por la serpiente de la eternidad. Pero hay

---

de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y todos sus palacios quemaron a fuego, y destruyeron todos sus vasos deseables". En el Libro de Ezra, cap. V., vers. 12, dícese textualmente, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruyó la casa de Jehová.

Vueltos a la cautividad, por los años de Artajerjes, los hebreos intentaron reconstruir el templo *desde los cimientos*. (Luego no quedaba nada del presunto monumento salomónico). Así lo cuenta el Libro de Erza, vers. 10, cap. III: "Y los albañiles del templo de Jehová echaron los cimientos"'...

De manera que la escasa riqueza de los arqueólogos, de ser auténtica, no se relaciona con el templo de Salomón, sino con el que se describe en las profecías de Ezequiel.

No hay, en consecuencia, ninguna prueba fehaciente de la existencia de la casa de Jehová, que, según la fábula bíblica, hiciera edificar el hijo de David.

mucho más que eso en los suras coránicos. El tal sello corresponde a un anillo mágico, que fué patrimonio de Adán, hasta que, venido el tiempo de su pecado, hubo de perderlo para siempre. Nadie fué entonces digno de él, nadie fué capaz de rescatarlo. Apenas si los hombres sabían que allá en la edad feliz, Adán portaba este formidable amuleto. Sólo Salomón fué hombre de reconquistarlo, y con ello de hacerse sabio y hechicero zahorí; los vientos le fueron sometidos, lo mismo el ábrego que la brisa; se rindieron a su conjuro los más ingeniosos demonios, inclusive los demonios pescadores de perlas; mandó a los genios con autoridad nunca igualada; interpretó la voz de los elementos; aprendió el idioma de todos los seres de la tierra, del agua y del aire... Pero un día perdió su anillo en la alcoba de una odalisca, y un efrit que se apoderó del talismán usurpó su trono y sus poderes. Salomón, destronado y mendigo, anduvo de lugar en lugar, vagando y sufriendo, parecido a los grandes mitos de la fatalidad y del dolor.

Por fin el demonio usurpador arroja el anillo al mar — ¡siempre los mares en las mitologías! — y se va de la tierra... Hasta que un pescador — ¡siempre también los pescadores! — que echaba la red, ve que entre las escamas relucientes de la pesca

brillaba el divino sello... La gente del mar es buena, y aquel pescador lo era tanto, que restituyó la joya a su dueño; con lo que Salomón, a usanza de otros mitos, recobró mando y gloria. Ahora la alhaja tremenda está otra vez en sitio inaccesible. ¿Cuál será aquél que haya de cruzar los siete mares hasta dar con la isla de hechicería, donde el gran rey yacente, guarda su amuleto en el dedo anular que poco a poco se le hace sombra?...

No hay, en suma, cosa vecina del Predicador que deba tomarse por realidad. Y lo peor del caso es que la Sulamita misma se nos trueca en aire vago. Ya nadie pregunta como antes si habrá sido una reina, si habrá sido una pastora, si será la imágen de la iglesia, si será la figura de Israel... La Sulamita no ha sido nada de eso. La Sulamita y Salomón y sus cosas, no han sido más que lo que hoy mismo son: una sombra de palmeras, un olor a nardos, una canción de amor.

INDICE

NOTAS

JUICIOS SOBRE LAS OBRAS DEL AUTOR

Jardines Solos

Jardines Solos traen ráfagas perfumadas al espíritu del lector y rachas de otoño por entre el follaje amarillento de las hojas que comienzan a caer. Libro de impresiones vividas y de situaciones imaginativas, concede a la literatura el espacio suficiente para convencer al lector de las especiales dotes de Capdevila.

La Prensa.

Melpómene

El autor, con la sabiduría del sentimiento profundo ha acumulado una suma tal de elementos patéticos, que la impresión resulta intensísima. Sin parecerse a nadie, sin descubrir influencia de ningún poeta americano ni extranjero, Arturo Capdevila me ha producido un "estremecimiento nuevo".

MANUEL GALVEZ.

Este libro episódico, exclusivo, extraordinario quedará en nuestras letras como un libro inimitable, y en la bibliografía del autor como un diamante único.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Melpómene ha de merecer en justicia una acogida entusiasta y una consagración definitiva para Arturo Capdevila, considerándole quizás como el más genial de los poetas argentinos de este tiempo.

El Diario Español.

El *Nocturno* y *Mi oración* son, a mi modo de ver, verdaderas creaciones.

JOSE M.a SALAVERRIA

Sobre las tumbas recién abiertas de sus padres, el poeta no podía entonar canto más elevado, más digno, más conmovedor.

FOLCO TESTENA.

Trágicos son, en efecto, los poemas encerrados en este libro extraño... Llenos están de terror y de angustia. Voz de Apocalipsis o lamento de Eclesiastés, de los dos tiene su acento.

ALVARO MELIAN LAFINUR (*Nosotros*).

Melpómene ha abierto dentro de la lírica argentina un horizonte nuevo.

La Patria degli Italiani.

Así quiero yo a los cantores de nuestra América, gritando su pasión... Con el estupendo poema *Santificado Sea* estamos en presencia de la cumbre lírica de Arturo Capdevila; en presencia de uno de los cantos de esfuerzo sostenido más dolorosos y más bellos de la poesía castellana. Nadie, ni Edgard Poe, ni Laforgue, ni Darío dijeron jamás dolor tan grande. Arturo Capdevila será uno de los grandes poetas de este siglo.

ARTURO TORRES RIOSECO.
En Cosmópolis.

Dharma

Enamorado de las teorías orientales, que tanto consuelo dieron a su alma entristecida en horas terribles, Arturo Capdevila ha querido rendir con este libro un homenaje a la civilización oriental, madre de la nuestra.

JUAN MAS Y PI.

Arturo Capdevila con el entusiasmo que caracteriza al que sabe atravesar el espeso velo que cubre el pasado oriental, compendia en *Dharma* su juicio sobre las religiones de Oriente, vistas y sentidas en su aspecto jurídico. El autor estudia especialmente los gérmenes orientales del derecho romano y procura demostrar la solidaridad inicial de las leyes y la religión paralelamente desenvueltas sobre el fundamento común de la moral y de las costumbres.

C. MUZZIO SAENZ PEÑA.
Revista de Filosofía.

Su *Dharma* es un libro verdaderamente bello, que revela estudios muy hondos y muy serios. Está además escrito con gran amenidad de estilo. Me ha cautivado y me ha enseñado mucho. Lo reputo un verdadero volumen de biblioteca, de los que no se leen una sola vez, de los que se consultan.

AMADO NERVO.

Arturo Capdevila acaba de revelar en *Dharma* una sólida cultura filosófica y jurídica. Estudia en esa obra el derecho de la India, de Egipto, de Babilonia, de Persia y de Israel.

Desarróllase en este libro una brillante serie de cuadros de las instituciones sociales y jurídicas de los diversos pueblos orientales.

CARLOS C. MALAGARRIGA.
(*Revista del Centro de Estudiantes de Derecho*).

Le aseguro bajo mi honrada palabra que me ha producido honda y grandísima emoción su *Dharma*. Hsta aquí estábamos habituados a ver el Oriente en su salvadora y *única* filosofía; pero el traerle como hace usted a la vida social y jurídica es algo exótico, valiente y revolucionario. Con honda emoción he hablado de su libro con profesores de Derecho y con ateneístas ilustres, quienes se han quedado sorprendidos de esta valentía suya que le pone a usted de golpe, al nivel de los más grandes.

MARIO ROSO DE LUNA.

El Poema de Nenúfar

Pocos poetas en nuestro idioma tienen un conocimiento tan profundo del verso ni una seguridad tan absoluta, unido a la extrema facilidad que revela. En la Argentina sólo Lugones puede competir con el nuevo poeta.

DIARIO ESPAÑOL.

Este sí que es poeta genuino en la integridad de su corazón!

LEOPOLDO LUGONES.
(*La Nación*).

Su musa asciende y tal vez podría decir con propiedad que culmina: me deja esta impresión la lectura de *Nenúfar*. Esas páginas despiertan las emociones que la lectura de Longfellow con sus melancolías infinitas o las impresiones profundas de Poe.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

En versos rítmicos, que reivindican con singular buen gusto los prestigios del metro clásico, la musa de Capdevila canta su idilio evocando, entre afanes de amor, cuadros de la naturaleza hondamente sentida.

El artista idealiza la realidad sin deformarla y a veces es tan segura y fina su observación, que un solo rasgo tiene el valor de un retrato.

"Y en sus ojos una ebria mirada anochecía — con ese oscuro y triste don de la profecía dice, y la gitana se dibuja de cuerpo entero en nuestra retina.

LA PRENSA.

El Poema de Nenúfar es esto. Simple historia de un paréntesis de amor contada sencillamente, con la ingenuidad del que por primera vez se encuentra frente al misterio de la divina renovación. Y no sería más, nada más, si la pequeña historia sentimental no fuese animada por un soplo de arte puro, elevando al poeta a la categoría de los grandes artistas de la emoción y de la palabra escrita.

JUAN MAS Y PI.

La Sulamita

Tenemos a Arturo Capdevila por uno de los más sutiles espíritus jóvenes de la Argentina. Su libro de versos *El Poema de Nenúfar* era la revelación de un fuerte temperamento poético. Fondo y forma, belleza y emoción.

No creíamos, sin embargo, que pudiera escalar cumbres tan altas como las que descubrimos en *La Sulamita.*

"LA RAZON".
de Montevideo.

La Dulce Patria

Este libro de Arturo Capdevila participa de una idea de patriotismo que podríamos llamar *dinámico* en oposición al patriotismo *estático...* Por eso este libro constituído por escritos diversos de excelente prosa es un libro simpático y saludable.

ALVARO MELIAN LAFINUR.
(*La Revista*).

Estas páginas escritas en diferentes circunstancias sobre temas diversos valen por muchos libros de mayor unidad y empaque.

Es de admirar el lenguaje ricamente imaginativo al que traspone las grandes verdades que él enseña y predica, sin embargo, con ruda franqueza.

ROBERTO F. GIUSTI.
(*Nosotros*).

Empezar este libro de sano patriotismo es acabarlo.

JUAN TORRENDELL.

El Libro de la Noche

Urania ha sido propicia al gran poeta y *El Libro de la Noche* es un canto melodioso y profundo: el idilio de un alma con el Abismo.

CLARA BISTONI.
(*L'Italia del Popolo*).

La magnitud de la belleza está directamente relacionada con la magnitud de lo trágico. Capdevila es un gran poeta porque aborda lo fatal.

GABRIEL MISTRAL
(Reportaje de *Caras y Caretas,* Agosto de 1918).

"Sólo se ataca a los fuertes" dijo Zola con mucha razón. Su *Libro de la Noche* contiene cosas extraordinarias. En *El Libro de la Noche* ha dado usted las notas más altas de la poesía. Difícilmente, se hallará algo tan profundo en

la lirica castellana contemporánea como "El astro muerto" y "La marcha fúnebre". Me sorprende la imaginación que revela usted en este libro: imaginación de gran poeta, de muy gran poeta. Así en esa estupenda "Marcha fúnebre" que me parece lo más grande que haya usted escrito.

MANUEL GALVEZ.

El Amor de Schahrazada

¿Qué cabría decir de *El Amor de Schahrazada?* El nombre de su altísimo poeta ahorra todo vano énfasis en los elogios: un hermoso libro más que agrega a la lista selecta y pura de sus obras, que cuentan entre lo más notable de la literatura americana.

EL MERCURIO.
(Santiago de Chile).

Confieso mi encantamiento ante los cuadros de suntuosidad descriptos por el fino poeta argentino.

Hemos sido vencidos todos sin duda, por el talento, por la inspiración del autor. Arturo Capdevila ha realizado obra de emoción y de arte. Para un complemento de éxito resonante falta la actriz genial que entregue su alma apasionada a esa figura que ahora sólo palpita en las vibrantes páginas de un libro de inspiración.

J. TORRENDELL.

El Cantar de los Cantares

La lectura de esta admirable y profunda interpretación me ha llenado el alma de ternuras infinitas y de amores inasibles.

PEDRO B. FRANCO.
(*La Nota*).

Y así desenvuelve el señor Capdevila su tesis, examinando versículo por versículo, el *Cantar de los Cantares* a la luz de su concepción que consiste eu síntesis en lo siguiente: el Rey Salomón, presunto autor y protagonista del libro, no ha existido nunca y es sólo un mito. La égloga que relata sus amores con *La Sulamita,* no es en realidad, sino la historia de los amores del Sol personificado en un rey pastor, con la Tierra, personificada en una Zagala. Tal es la idea que Capdevila desarrolla con riqueza de detalles y notable lógica y que merece por su originalidad la atención de los que poseen, como el autor, marcada curiosidad por problemas al parecer inactuales, pero eternos en el fondo, puesto que se relacionan con la belleza y el amor.

Luminosas son las razones que Capdevila aduce e interesantísimas sus glosas y reflexiones al margen del epitalamio bíblico.

En la exégesis del texto se destaca no sólo el discurridor atinado, sino el poeta, el gran poeta que es Capdevila.

EL MERCURIO.
(*Santiago de Chile*).

La Fiesta del Mundo

La Fiesta del Mundo, es, como toda la anterior producción de Capdevila, la obra de un gran poeta.

CRISALIDA.

La Fiesta del Mundo, es, de las pocas obras definitivas de la lírica argentina.

"LA RAZON".

Indiscutiblemente, Arturo Capdevila es el poeta argentino que a través de su ya copiosa producción literaria, ha perfilado más acabadamente su personalidad en las letras americanas.

LA VOZ DEL INTERIOR.

Nótase en *La Fiesta del Mundo* que el numen del poeta se ha serenado. Arturo Capdevila, a pesar de su juventud, puede contarse como a una de las grandes figuras literarias de América.

FRAY MOCHO.

Arturo Capdevila retorna a su viejo y buen camino de poeta, poeta claro y simple, es decir doblemente poeta, según se manifestó en sus obras iniciales y que desde el comienzo denunciaron su fuerza y su profundidad.

En las composiciones de *La Fiesta del Mundo* se define, junto con la destreza acabada del artista la orientación íntima, mostrándonos, en la perfección lograda del instrumento que maneja, su concepción de la vida y su amplia capacidad de emoción.

"LA NACION".

Las Vísperas de Caseros

Las Vísperas de Caseros supone una evocación admirable de la época de la tiranía de Rosas. La célebre Manuelita y otras figuras del sangriento período argentino surgen de mano maestra. Pero aun más admirable resulta la evocación del ambiente sobre el cual se destacan las singulares figuras. Capdevila ha hecho historia en una forma personal, y como antes que nada es un excelso artista, su obra tiene bellezas insospechadas.

"EL SIGLO"
(Montevideo).

Arturo Capdevila es un historiador pasional. Es, además (y he aquí un valor altísimo) un historiador artista; mejor dicho, un artista que crea la historia.

Capdevila ha pintado como un gran artista el cuadro, vario y complejo de la Buenos Aires y de la Córdoba de los últimos años de la tiranía de Rosas.

Sus personajes viven, actúan. Las costumbres y el aspecto de los lugares, la voz de las cosas se nos representan palpitantes.

FOLCO TESTENA
(En *La Patria degli Italiani*).

Poseído Capdevila de esa vida de peligro y de terror, pero que en el detalle rinde poesía, hace la apología casi lírica del rojo fatídico, enardecido por el grito del mazorquero en las calles de Buenos Aires, con el criterio amplio y certero del observador apasionado por la evocación. Así no olvida detalle que dañe la veracidad histórica y la narración surge llena de realismo. Pareciera que su pluma inspirada por el dolor de la tiranía tuviera un rasgo de suprema elocuencia.

"LA RAZON".

Libro admirable de reconstrucción y de evocación histórica... Está Capdevila en este volumen en sus tres cualidades: como observador filósofo, como historiador y como poeta... Todo es sencillo en sus estudios sobre los días que precedieron a Caseros... Tiene un profundo sabor de época, un gran vigor descriptivo y una poderosa emoción.

Viven en sus páginas los sucesos y se *ven* agitarse las vidas recias de los actores de la gran tragedia de la tiranía, moviéndose en el silencio de las calles desiertas, sembrando el dolor sobre la paz de los hogares o gritando su alegría salvaje en las fiestas federales en obsequio del Restaurador, mientras llegaban desde los suburbios las voces roncas de los bailes de negros, mezcladas con los discordes tamborileos del candombe.

Han encontrado esas escenas en Capdevila el admirable descriptor que reclamaban.

"LA PRENSA".

Las Vísperas de Caseros es el mejor libro de historia que conozcamos de la bibliografía argentina. Obra maestra, puede servir de modelo por su probidad y su galanura.

"ATLANTIDA".

Quién lea una vez *Las Vísperas de Caseros* no las olvidará jamás. Sus personajes se yerguen inconfundibles y las escenas toman el relieve y la vida de la realidad. Capdevila es un animador.

J. TORRENDELL.

LA SEXTA EDICIÓN CASTELLANA DE «LA
SULAMITA» SE ACABÓ DE IMPRIMIR,
EN LA IMPRENTA DE ANTONIO
MERCATALI, EL MES DE
SEPTIEMBRE 1922
EN LA CIUDAD
DE BUENOS
AIRES





IMPRENTA MERCAT
Av. AGOYTE 271 - Buenos